La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1892 — NÚM. 563

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

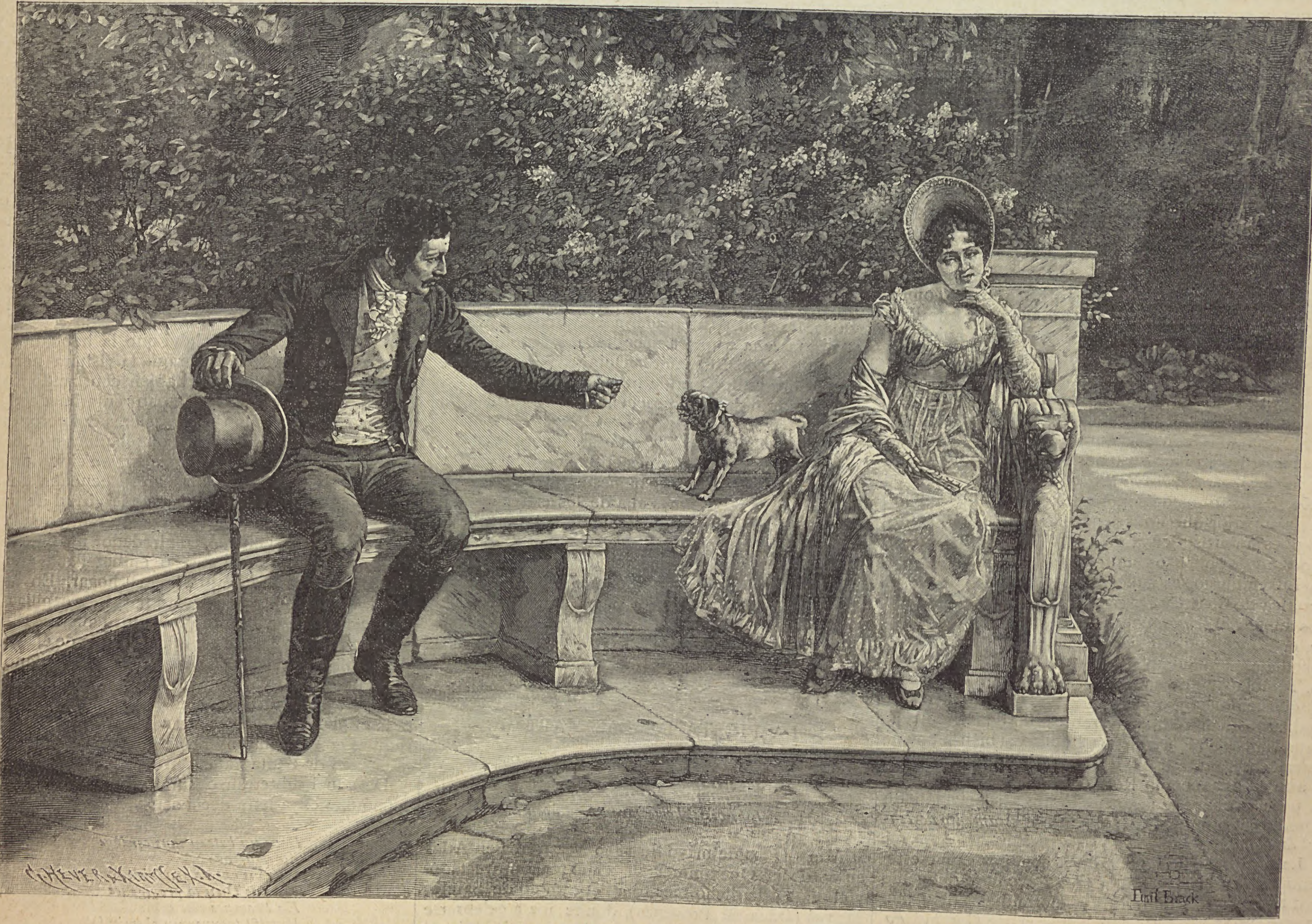
SUMARIO

VERDADES Y MENTIRAS

¡Habitare in oculis! El filósofo, el orador, el senador cortesano que hace cerca de diez y nueve siglos concretaba en esa frase que subrayo el concepto de la vida del hombre excepcional, ó del que, por los azares de la suerte, hállase expuesto á las miradas de una generación entera, no pudo adivinar, aun siendo tan grande su talento, aun siendo tanto su conocimiento de la vida social, aun siendo un espíritu el suyo tan superior, que á duras penas si en el transcurso de mil ochocientos y pico de años pudieron contarse doce que le igualen, no logró – repito – adivinar cuán horrible, andando los siglos, se tornaría para muchos la gloria de *habitare in oculis.*

Dante, relatándonos con enérgica fiereza y épica grandiosidad y uno á uno los martirios cruentos del condenado, tampoco adivinó ni presintió el más grande de todos los martirios. Obligar al sabio, en nombre de una religión, á que reniegue de su sabiduría; cortar la lengua y la mano derecha al artista que roba un pan, después de haberle sido robadas sus obras y su dinero y de haber huído con el ladrón su propia esposa, y después ver cómo el pueblo lleva en triunfo al autor apócrifo de una de sus pinturas, cuando el artista mudo y manco, extendiendo el muñón de la mano mutilada y lanzando inarticulados gritos cae para no levantarse más á los pies de su verdugo; leer cómo el patricio noble y justo, pródigo de su sangre y de sus bienes, va desde el solio del magistrado hasta el destierro en desoladas playas africanas, y allí muere; todo esto, tanto horror, no es tanto, sin embargo, como el que causa el hecho de arrancar de la historia la página en que está escrito un nombre juntamente con el de borrar con girones de honra las huellas gloriosas que aquél imprimió con su genio.

A Galileo, á Chiggi, á Scévola no les negaron, ni sus mismos coetáneos, ni el saber ni el derecho á ser inscritos en el libro inmortal; no llegó en tiempo al-



ADORAR AL SANTO POR LA PEANA, cuadro de Emilio Brack

grabado por Hever y Xirmsex

guno á tanto la crueldad ni á tan hondo la infamia de los hombres que procurasen, si no para con las generaciones venideras, por lo menos para con la sociedad en que viven, arrojar la sal que esteriliza sobre una inteligencia y su obra. Restaba para hacer odioso el positivismo moderno desde el punto de vista de los intereses materiales, que al altruista se impusiera el *strugliferfor*, no aislado, sino formando colectividad, dispuesta á eliminar del Cosmos la obra de un hombre, porque este hombre con la pesadumbre de su importancia anula las mezquindades que sirven de pedestal á prestigios sin prestigio y á intereses personales. Restaba inventar el suplicio de la muerte moral, sin que viniese en ayuda de tal empeño el fenómeno fisiológico; y al siglo XIX en su último tercio, al siglo de las grandes conquistas en pro de la humanidad, al siglo de las grandes moralidades, tocóle la honra del invento: París fué el inventor.

Juan Luna, el autor del *Expoliarium*, acogiéndose á la ciudad que cruza el Sena, como á ciudad donde tienen asiento las grandes energías espirituales, donde es capaz la vida del arte con todas sus fases y todas sus tendencias, donde las ideas se atropellan y barajan, donde el cosmopolitismo con su encantadora sonrisa de indiferencia encubre los más de los males que hacen inaguantable la sociedad moderna; Juan Luna, repito, acogiéndose al abrigo de las calles parisienses, es el fascinado, es el obsesionado, es el hijo infeliz de un siglo que cree sinceramente en el cerebro de las culturas, y por tal dice á París. ¡Oh! La equivocación fué horrible. Luna, si al cabo el infortunio no le vuelve loco, al pasear sobre esta tierra tan culta, tan humanitaria como es la vieja Europa, recordará los tropicales bosques de su patria, habitada por gentes que no aprendieron todavía á matar más que con el acero, y medirá, hundido en la sima de la indiferencia, del olvido, que al olvido pretenden allegarle ahora las filantropías de estos tiempos, el alto concepto que tenemos de la justicia, los exquisitismos alcanzados por nosotros en lo de admirar y respetar al genio ó al saber en todas sus esferas; medirá, digo, desde lo hondo de la sima del olvido, cuán grande es la distancia que hay entre un cerebro humano vulgar y ese llamado París, que guardando los elevados conceptos del hombre moderno, destroza la honra, el cuerpo, aniquila el espíritu más fuerte, y por último pone su empeño en la busca del modo ó medio definitivo para, sin atravesar el corazón con un puñal ó una bala, eliminar del mundo y de la historia ese cuerpo, esa honra, ese espíritu fuerte, con su obra toda.

París, el vulgarísimo París, ya que como á cerebro de Europa le miran ciertas gentes, como á tal cerebro debe examinársele antes de ir á respirar el medio ambiente en que palpita. Como á Luna les acontece á otros artistas españoles residentes en la capital francesa; son muertos para el arte, y si no lo son para la historia, es porque no picaron tan alto. París no puede soportar inteligencias superiores que no sean parisienses; y – pese á quien pese – París hace muchos años que viene ofreciendo á los ojos del mundo civilizado el espectáculo de una esterilidad terrible. Dejando á un lado las letras, pues no pretendo probar ahora que tampoco las letras se producen allí, el arte vive á expensas de titánicos esfuerzos que cerebros ya cansados por la edad, el mercantilismo procaz, la frivolidad característica de las gentes amasadas con levadura de cien culturas y de cien razas, hacen para sostener en el concepto europeo lo de *París cerebro de Europa*.

No, París no puede soportar el peso de una inteligencia superior que no sea francesa por lo menos. Luna es un artista cuya talla arroja una silueta que recortándose sobre los muros del Louvre, sobre los del Luxemburgo, es suficiente á obscurecer la obra pictórica de docenas *des grands maîtres* de estos últimos años. *Le Temps*, como *Le Fígaro*, como *Le Matin*, como veinte periódicos más pusieron de relieve inmediatamente cómo les preocupaba el artista filipino. Temblaban ante la idea de que Luna hiciese nueva oposición con un segundo *Expoliarium*, como temblaron cuando Fortuny, rebasando de los convencionalismos de Meissonier, se impuso, si bien momentáneamente, no tan sólo á la capital de Francia, sino al arte europeo; como Rosales obscureció el cielo de la pintura francesa, arrancando una exclamación de asombro al mundo artístico con el *Testamento de Isabel la Católica*.

La página de la historia de Roma, por Luna estereotipada en su lienzo, es la obra del coloso del genio con todos los desequilibrios y deformidades del genio mismo, no la sabia lección histórica de Gerome *Police verso*. La prensa parisiense, ve con angustia cómo aquellos sajones á quienes daban consejos en la exposición universal de 1867, hoy les arrebatan el cetro del arte. Frente al falso Meissonier, al incoloro Gerome, al gran Bastien Lepage, á Puvis de Chavanne, á Rochegrosse, á Breton, á Laurent, artistas unos ya fallecidos, otros vivos todavía, pero todos ensalzados y gran parte de ellos acatados con aplauso unánime, se alzaron los Alma-Tadema, Morris, Leython Hercomer y tantos más, dominando la plástica y ahondando en el concepto de tal modo, que el mundo todo ha vuelto hacia la vieja Inglaterra los ojos asombrado. La Europa del Norte, aquellos pueblos que la componen y que parecían relegados al olvido como incapaces para las artes, se muestran ante ese París, ante ese *cerebro* de la sociedad moderna, exhibiendo un arte joven, lleno de fuerza, repleto de originalismos, perfectamente acorde con la cultura de los últimos días del siglo XIX, como protestando de la tradicional influencia que por práctica consuetudinaria, hoy ilógica, pretende ejercer todavía la capital de la república vecina.

He aquí que del otro lado del mundo, en territorio español, el arte tiene la suerte de producir un hombre genial, y este hombre genial representa la gota de agua que hace desbordarse al vaso donde el orgullo francés fué acumulando los sudores producidos por la angustia de ver cómo poco á poco su preponderancia artística desaparece; y no hubo perdón, no hubo conmiseración, las ideas de respeto al saber, de humanidad, proclamadas en la ciudad culta, se olvidan para defender una preponderancia que se derrumba como edificio cuyas trabazones, fuertes un día, hoy yacen por tierra, faltas de apoyos poderosos. París, cerebro cuyas células grises se consumieron cuando debieron consumirse, apenas si halla recursos en la historia de su importancia para seguir caminando con la velocidad que exigen las múltiples evoluciones del concierto intelectual moderno, que tiende en materias artísticas á la variedad individual.

Luna, que no representa la colectividad poderosa, que tan solo, casi aislado, vivía allá en París, fué el *anima vili* escogida para, sin temor á las represalias, sacrificarla en aras del orgullo lastimado, de una escuela, que como las del resto de las naciones latinas, tócales hoy recibir leyes de las nuevas escuelas del Norte de Europa. Pero no basta á la intemperancia francesa que perezca la honra del hombre, es menester que se borre de la historia del arte moderno la obra de ese hombre, para que no pueda nadie en tiempo alguno establecer comparaciones que redunden en perjuicio del arte francés de estos años del siglo: arte arrollado ya por el de otros pueblos. Que venza un ejército al suyo, sopórtanlo filosóficamente nuestros vecinos; pero que un campeón luche y tienda maltrechos á varios campeones reunidos...; ¡eso, jamás!

La terrible lucha está comenzada. La prensa parisiense se adelantó hasta nuestra casa en son de guerra. Insultó á ciertos artistas españoles llamándole á alguno imitador de Meissonier. ¡Vera, imitador de Meissonier! Herejía, más que herejía, es tal afirmación. ¿Cuándo el microscópico pintor parisiense pudo pintar un lienzo como *El entierro de San Lorenzo*? Para tamaña empresa había menester el autor de *El traje rosa* haber nacido en España y pintado viendo de cerca á Manzano, á Mercadé, á Navarrete, á Rosales. Para tamaña empresa necesitaba Meissonier venir á Madrid con Regnault y Durand, y como estos ilustres pintores llevar en la paleta y en la mente los colores y el espíritu de la escuela de Velázquez y de Goya.

Me canso. Suspendo hoy esta tarea, para mí dolorosísima, de deslindar campos en honor de la verdad y de la justicia. Luna no ha menester mi defensa para que su nombre rebase más allá de los estrechos horizontes que la inquina francesa pretende señalarle. No ha menester, como Millet y Courbet, Puvis de Chavanne y Meissonier mismo, de la poderosa palanca del reclamo para que no mueran sus nombres con el siglo.

R. Balsa de la Vega

2 de Octubre

LA FIESTA DE LAS MARÍAS

She sees it loom at last in distance dim,
She sees it groow on the horizon' s rim,
The saints' white tower, acros the billowy plain,
Like vessel homeward bound upon the main.

A mediados de mayo de 1890 veraneaba en Arles en vez de ir á Oberammergau, como tenía proyectado, y el día 23 de dicho mes tomé el camino de Saintes Maries (aldea de Provenza), donde iba á celebrarse la fiesta que tan sentidamente ha cantado Mistral en su *Mireyo*.

El camino que conduce á esa aldea atraviesa durante treinta millas la Camargue, que de árido y desolado desierto que era en tiempos remotos, se ha convertido en una de las más fértiles y ricas comarcas de Francia, donde en otoño la atmósfera se satura de las acres y penetrantes emanaciones del mosto.

Aquella mañana de mayo veíase por la polvorienta carretera una sucesión interrumpida de largas y pesadas carretas atestadas de alegres y bulliciosos arlesianos que iban cantando himnos al compás de la marcha, ó de tristes y silenciosos aldeanos. La mayor parte de aquella gente parecía fatigada, enferma ó valetudinaria; en algunas carretas iban ciegos, paralíticos y lisiados de toda suerte, gente en suma sin recursos de fortuna.

En tanto que adelantaba traqueteando en mi vehículo, advertí un grupo de monjes, otro de gitanos ambulantes, el arzobispo de Aix con su séquito y más y más carretas atestadas de peregrinos.



Devotos rezando fuera de la iglesia

Al llegar al término de aquella fértil región, y cuando aparecieron las extensas y desoladas salinas, advertí la aldea que emergía de la llanura y los dentados muros de su iglesia, que apareció á mi vista débilmente esfumada sobre el horizonte del mar, y la miré tal y como debió hacerlo Mireyo al divisarla después de su fatigoso viaje.

Los turistas que van á Saintes Maries describen aquel lugar como un grupo de raquíticas y miserables cabañas. Es, por lo contrario, un pueblo floreciente de pescadores, que cuenta con dos fondas regulares, la Casa de la villa y cuantas dependencias constituyen el núcleo de una población francesa del campo. Habitualmente cuesta la manutención en aquellos establecimientos unos cuatro francos diarios; pero el 23, 24 y 25 de mayo los dueños piden cien francos por una habitación á quien no se le haya ocurrido traerse una tienda de campaña ó carruaje ó no tiene allí amigos ó no es aficionado á acampar al raso.

Cuando entré en la iglesia vi que la habían transformado por completo desde que la visitara por última vez. En el interior se habían construído galerías; los altares laterales estaban entarimados; los mejores sitios, así como las escaleras del coro, estaban ocupados por cojines y almohadones que los fieles habían puesto allí para reservarse sitio durante los tres días de la fiesta. Un lego se ocupaba en sacar agua del pozo santo, que tiene la virtud de darla fresca y buena durante las fiestas, en tanto que la da salada el resto del año. A su alrededor un numeroso grupo de peregrinos bebía ó embotellaba aquella agua milagrosa para llevársela á su hogar. En aquella iglesia original en extremo hay tres capillas superpuestas con sus correspondientes altares. De vez en cuando veíase ascender á la más baja de ellas (que fué donde desembarcaron las Marías) un gitano luciendo el pintoresco traje de su tribu, que rascaba la roca para sacar polvo de ella y bajaba de nuevo hasta la cripta, donde otros atezados gitanos estaban de rodillas con profundo y respetuoso recogimiento ante la imagen de Santa Sara.

De aquel subterráneo surgía un canto extraño y monótono cuya letra decía así:

Dans un bateau sans cordage
Au naufrage
On vous exposa soudain;
Mais de Dieu la providence
En Provence
Vous fit trouver un chemin (1).

(1) En un buque desarbolado se os abandonó para que naufragarais; pero la providencia de Dios hizo que hallarais un refugio en Provenza.

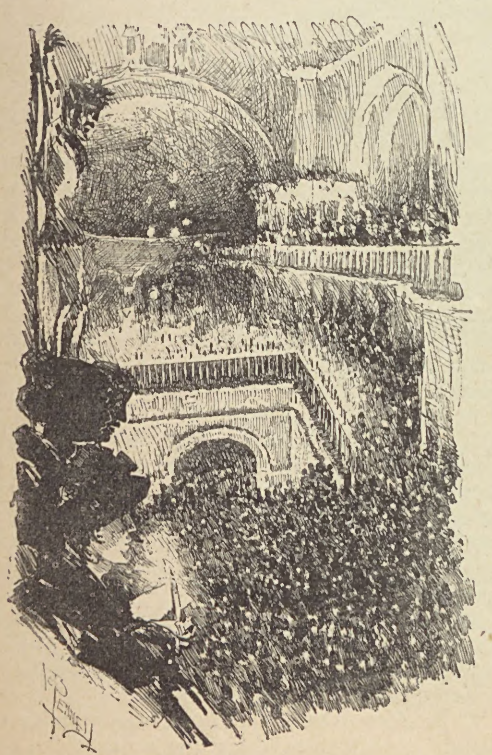
Entonces sonaban gritos de «¡Vivan las Santas Marías!», gritos que repercutían al través de las bajas y largas bóvedas parecidas á túneles, y la muchedumbre que estaba arrodillada alrededor del coro repetía aquel canto. Tan raras como aquella melodía eran



La procesión

las siluetas de algunos romeros venidos de distintos puntos, cubiertos de negras vestiduras y agrupados alrededor de la tumba de un santo. Se comprendía que muchas y muy negras debían ser sus culpas, ya que exigían tanta devoción para ser lavadas ó perdonadas.

Por la tarde continuaron llegando peregrinos que en torno de la iglesia levantaban barracas y más barracas, entre las cuales en abigarrada mezcolanza se veían desde los escaparates para la venta de exvotos que expendía un sacerdote, hasta la mesa de juego que dirigía una hermosa muchacha. Las gitanas que no rezaban mendigaban á la puerta del templo alargando anchas conchas para pedir la limosna tal y como cientos de años antes sus hermanos trashumantes debían haberla pedido á lo largo de aquel camino. Junto á la puerta principal había una chiquilla ciega que durante los tres días de la fiesta no cesó ni un momento de repetir: «Señoras y caballeros: no olvidéis á la pobre cieguecita y las Santas Marías no os olvidarán á vosotros.» Aquella muchacha no impetraba la intercesión de los santos como los demás mendigos; advirtiólo así el sacristán del templo, y comprendiendo que aquello era un mal ejemplo para los fieles, la expulsó del sitio que ocupaba, sin poder empero detener su eterna cantilena, así es que antes de que hubiese cesado de oirse su eco, la chiquilla había encontrado medio de eludir la persecución y volver al sitio que ocupaba. Cualquiera pensara que allí la había puesto Lucifer en persona para probar la religiosidad de los fieles, á los que parecía escarnecer con su mal ejemplo, pues ni por casualidad se le ocurría entrar un momento en la iglesia para implorar de los santos una curación milagrosa, así como imploraba de los peregrinos el alivio de su miseria.



La iglesia durante la noche

El cura del templo andaba de acá para allá obsequiando al arzobispo, saludando á los demás sacerdotes que llegaban; proporcionaba, *moyenant finances*, los mejores sitios de la iglesia para los dos días siguientes, y con tan buena voluntad cumplía su tarea, que aun cuando parecía derrengado y exánime á fuerza de fatiga, no se borraba de sus labios ni por un momento una beatífica sonrisa que parecía en ellos estereotipada.

Durante la noche el pueblo quedó rodeado por un verdadero campamento de gitanos, aldeanos y colonos. El sol pareció apagar su refulgente disco en las muertas aguas de los pantanos; flamearon los fuegos del campamento, y una nube de mosquitos se esparció por el aire, molestando á cuantos estaban al raso.

Volví de nuevo á la iglesia al anochecer: estaba atestada de gente; en el alto coro, en donde se halla el altar que encierra las reliquias santas, descansaban los enfermos, en tanto que los cirios votivos reflejaban una luz fúnebre sobre sus tristes y pálidos semblantes, que se destacaban blancos, lúgubres y fantásticos de entre las sombras que les envolvían. Aquellos infelices lanzaban gritos lastimeros y formulaban votos fervorosos. Los que podían entonaban himnos con voz temblorosa que en coro contestaban sus allegados; otros descansaban quietos y silenciosos; un niño estenuado y que parecía impotente para otra labor más ruda, marcaba con su manecita el compás del canto y de cuando en cuando abría sus grandes y cansados ojos y en su rostro marmóreo se veía algo así como una luz de deseo, como una ansiosa espera de algo milagroso, y con voz chillona que se elevaba por sobre las demás gritaba: «¡Vivan las Santas Marías!» Una tumba abriendo de repente su negra boca y surgiendo de ella la voz del cadáver que guardara, hubiera producido el mismo efecto.

Durante toda la noche aquellos desgraciados descansaban allí, guardando y esperando, y así pasaban también todo el día siguiente, hasta la hora suprema en que debían aparecer las santas reliquias, cuyo contacto iba á sanar sus cuerpos.

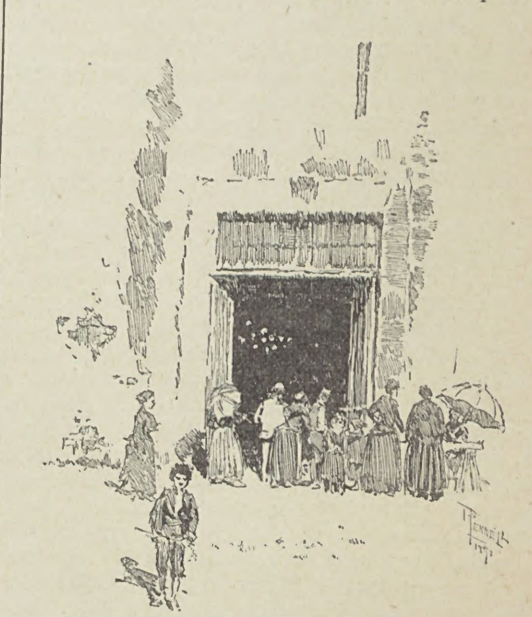
En tanto que la fe en los santos se mantenía tan viva y tan intensa, junto á las reliquias, la fe en Boulanger parecía igualmente grande entre los peregrinos y como si palpitase en el ámbito inmenso llevada por las alas de la noche; así se creyera por lo menos á juzgar por el entusiasmo con que se cantaba su marcha, entonada con voz tan potente y por tan largo espacio como los himnos á las Santas Marías. Aquellos dos himnos tan distintos traían á mi mente una vez más la imagen de la vida, tan llena de contrastes y en la cual se suceden sin punto de reposo la esperanza á la desesperación, el escepticismo á la fe, la alegría al dolor.

Toda la mañana del 24, el día por excelencia, hubo misa, sermones y ejercicios de coro dentro de la iglesia; mercados, juegos y pláticas fuera de ella. Y bajo los rayos cegadores del sol del mediodía, una corriente continua de peregrinos hormigueaba por aquella carretera que conduce al pueblo, en tanto que allá á lo lejos, junto á la embocadura de un brazo del Ródano, multitud de vapores que venían de Marsella, Arles y Saint-Gilles desembarcaban nuevos peregrinos que como Mireyo atravesaban errantes el salinoso pantano. A las tres la iglesia estaba casi llena y á las cuatro atestada. Alrededor de cada puerta había un hacinamiento de personas; en el interior no quedaba ni un solo palmo de terreno sin ocupar, y el ancho rayo de sol que se precipitaba dentro de la iglesia á través de los rotos cristales del rosetón central, se quebraba á veces sobre los racimos de gente que se habían encaramado por los altares. Todos los fieles tenían en la mano un cirio encendido que chisporroteaba y cuya llama ondulaba á impulsos del hálito que se escapaba de millares de pechos.

Al mirar aquella escena, aquel centellear de innúmeras lucecillas durante aquella fiesta del 24 de mayo, Gounod dijo: «Estamos en el cielo y tenemos las estrellas bajo nuestros pies.»

En el coro alto los enfermos continuaban aguardando, así como sus amigos y algunos sacerdotes rezaban y canturreaban sus oraciones. Aquella iglesia, según el rumor que llenaba su ámbito, semejaba un bosque barrido por la tempestad cuando ésta eleva su poderosa voz.

De repente hubo un grito general de «¡Ya bajan!» Y el pueblo que rodeaba el altar se postró de rodillas. Desde la alta capilla aérea colocada sobre el coro, una gran arca suspendida en el vacío empezó á moverse lentamente, descendiendo por modo pausado y casi imperceptible. Cuando hubo descendido bastante para llegar al alcance de los de abajo, los enfermos, paralíticos y lisiados se pusieron de pie. Aquellos que buenamente podían, se sostenían por sí mismos; los que no, pedían ayuda á sus deudos. Las mujeres, llevadas de fervoroso celo y de esperanza y fe en el poder de Dios, luchaban unas con otras para alcanzar el mejor sitio, y cada cual quería ser la primera en tocar con su mano las reliquias santas. Cuando éstas estuvieron á corta distancia del sitio donde debían descansar, salió de la sacristía una procesión de sacerdotes vestidos con albas, y uno de ellos se dirigió al altar y cogió y besó las reliquias. En el mismo instante la multitud de enfermos rodeó al ministro del Señor y luchó hasta tocar las reliquias. El



La puerta de la iglesia

sacerdote las tenía en sus manos y la gente se precipitó sobre ellas tocándolas con las manos, con los ojos y alargando hacia ellas sus miembros enfermos y paralíticos, abrazándolas apasionadamente y estrechándolas con verdadero frenesí. Parecía que las vestiduras del sacerdote iban á desgarrarse y las reliquias á quedar rotas, esparcidas y destrozadas en millares de fragmentos por el extremado fervor de los fieles. Pero finalmente estalló el último beso de adoración, se formuló la postrera súplica, el arca se colocó sobre el altar, los enfermos situáronse á su alrededor y los cantos se elevaron más potentes y más entusiastas que nunca y con fervor más vivo sonó el grito: *¡Viven les Saintes Maries!* ¿Se curó alguien? No. Ni los ciegos podían aún ver, ni los sordos oir, ni los paralíticos levantarse y andar. Mas todos los enfermos, sin excepción alguna, conservaban viva y ardiente la esperanza de recuperar la salud otro año y de que las milagrosas reliquias obrarían al cabo un prodigio á su favor.

Lo mismo que la noche anterior, los enfermos permanecieron dentro de la iglesia cuyas bóvedas vibraban á los acordes de un continuo canto. A un himno sucedía otro himno, y los gitanos piadosos que había en la capilla baja cantaban un verso que continuaban con el verso siguiente de la misma estrofa los peregrinos de la capilla superior. En torno del pueblo acampó, como la víspera, un verdadero ejército de romeros.

Al rayar el alba del 25 una larga procesión salió de la iglesia rompiendo la marcha una serie de pendones regalados por las ciudades de Provenza. Con pompa solemne, con todos los esplendores que la liturgia católica señala para tales ceremonias, el arzobispo de Aix, rodeado de gran número de sacerdotes y de acólitos, marchaba á través de las estrechas ca-

lles obscurecidas por las sombras de las casas, y salía luego al sol, al aire libre, encaminándose hacia la orilla del mar. Después de él venían los enfermos y paralíticos, algunos de ellos llevados sobre colchones, otros cojeando sostenidos por muletas y otros conducidos por sus amigos. Tras de la mancha brillante y esplendorosa del grupo de los sacerdotes, la mancha obscura y lastimosa de la miseria. Después seguía, cerrando la marcha, una muchedumbre inmensa de gitanos, llevando en andas las toscas figuras de las dos Marías colocadas en su barquichuela, y en torno de ésta un grupo de peregrinos más validos pugnaba por besar ó tocar siquiera con sus manos la madera del esquife.



¡Vivan las Santas Marías!

A través del arsenal se dirigieron hacia el mar junto al borde del agua, y después llegaron á penetrar dentro de ésta algunos gitanos, peregrinos y hasta varios sacerdotes. Durante un momento la barca se puso á flote sobre las olas, allá en donde, á la aurora del cristianismo, el viento había arrastrado á las santas desde Jerusalén. Y los gitanos levantaron de nuevo en andas la barca y se encaminaron á tierra. La procesión, con sus pendones ondulantes, sus cirios que chispeaban lúgubremente á los rayos del sol, al compás de los himnos cantados en alta voz, volvió, atravesando la playa y las calles sombrías, hacia la iglesia para depositar allí las reliquias sagradas.

Los enfermos se colocaron una vez mas alrededor del altar, y gritos de *¡Viven les Saintes Maries!* resonaron bajo las bóvedas de la iglesia hasta que al anochecer el arca que encerraba las reliquias se elevó lentamente hasta su capilla aérea, en tanto que los fieles la contemplaban con ojos donde brillaban el amor y la veneración. Pero apenas había llegado á su relicario cuando la iglesia quedaba desierta; en menos de diez minutos cada cual había subido á su carro, coche, carromato ó diligencia y tomaba la vuelta de su casa.

A las dos horas ni rastro quebaba de gitanos ni de los demás fieles. Los peregrinos habían huído como de la peste ó habían entrado en Arles para presenciar una corrida. Así acabó la fiesta de las Marías.

En cuanto á los habitantes del pueblo, celebraron un gran baile y presenciaron el encierro y la corrida de toros; pero todos aquellos regocijos populares fueron menos importantes que los que se celebraron en Arles.

Esta es una de las últimas fiestas religiosas que no haya sido explotada, pero habrá perdido su carácter y sencillez dentro de un plazo relativamente corto, pues un amigo mío, ingeniero, está estudiando un trazado de ferrocarril que atravesando la Camargue conduce á aquel sitio pintoresco.

JOSEPH PENNELL

SECCIÓN AMERICANA

LA GARZA PORTEÑA

(EPISODIO BONAERENSE)

¡Pero qué hermosa era Lelia! Teníanla en Buenos Aires por la criatura más hechicera del Plata, y á fe que no les faltaba razón para ello. Su altivo continente, su cuello rígidamente erguido sosteniendo una cabecita bien peinada, su cintura cimbreadora, sus cadenciosos movimientos que imprimían á su andar pausado un ritmo cuyo compás marcaban las caderas, y aquella su altanera majestad de reina absoluta que revelaba un carácter poco dúctil y por demás voluntarioso, formaban conjunto absorbente de corazones masculinos, y pocos hombres pudieron tratarla sin caer de bruces enredados entre las endiabladas mallas de sus seducciones.

Su padre, un buen hombre que del Oriente de Asturias había salido para embarcarse en Santander, con el palo al hombro y en la punta del palo pendiente el atillo con dos camisas de estopa y unos borceguíes unidos aún por el gordo cáñamo del remendón de la villa, era el año 1875 un señor muy rico, muy gordo, muy orondo y casi tan orgulloso como altiva su heredera única.

Habíase casado con señora que de linajuda presumía allí donde no es el linaje el que marca los destinos del hombre, y en donde valen más unas miajas de talento y un título académico que todos los pergaminos, no siempre limpios de impurezas, prodigados por príncipes y reyes de otras edades.

Pero si los hombres (discurriendo piadosamente sobre la veracidad de sus democráticas ideas) sienten en realidad lo que dicen, no así las mujeres, á quienes marean los títulos nobiliarios, sean ó no sean postizos, por aquello de que en la tierra de los ciegos es rey el tuerto.

En Europa estamos ya tan familiarizados con marqueses, condes y duques, que no nos causa mella una tarjeta con corona; pero en América es del mejor efecto esa introducción, y ¡por Cristo que no me explico el por qué no han escarmentado!

Yo no rechazo los títulos. ¿Quién lo ha dicho? Cuando el que lo lleva lo lleva con honra, merece llevarlo, así en América como en Europa, y si el título es una donación civil como otra cualquiera ó una herencia legítimamente adquirida, lo mismo me cuesta llamar á un hombre conde, que general, que Fulano á secas, siempre que le llame con propiedad y no haga el tonto poniéndole un mote que no tiene.

La manía de encasquetarse un título ó plantificarse un *de*, preposición que maldito cuanto quiere decir ya, precediendo á los patronímicos, es moneda corriente entre aventureros y aventureras que cruzan el Océano, y cuéntese que yo no pretendo fustigar demasías aristocráticas cuando éstas son puras; lo que se me ocurre es dar el grito de alarma para que á fuer de muy amiga de los americanos exijan, antes de llamar marqués ó conde al primero que se presente, la legitimidad del título revisada por la cancillería respectiva.

Me dirán que con semejante necedad no hacen daño á nadie; pero como todavía hay espíritus apocados que se alucinan con el talco y las lentejuelas, resultan algunos chascos de tristísimas consecuencias.

Si en América supieran que todos los años se publican en Europa por sus respectivos negociados las listas de títulos, grandes cruces, encomiendas y de más honores, y si supieran además que las legaciones y consulados reciben el ejemplar que les corresponde, á buen seguro que no se reirían de su credulidad los vividores de mala ley; pero esto, después de todo, debía ser incumbencia de los representantes de las naciones europeas. Que se presenta un conde del *Macaroni*, un Marqués del Garbanzo ó un *Mr. Decoré*, pues á declarar *urbi et orbi* que el título no es legítimo porque no consta en la Guía oficial y á tomar las consiguientes medidas que para tales casos prescriben las leyes.

Los ministros de Relaciones exteriores debían comunicar á este respecto órdenes muy severas, y se evitarían compromisos, estafas, prevenciones de los engañados contra la nacionalidad de los engañadores, y se descubrirían á veces criminales ocultos, que cuando menos deshonran la clase á que dicen pertenecer.

Pero volvamos á los padres de Lelia después de este pequeño desahogo, que no deja de tener más importancia de la que parece.

Hemos dicho que había embarcado en Santander el padre de la *Garza*; mas como de esto hacía treinta y cinco años largos de talle, apenas se acordaba el Sr. Alonso de aquel viaje en un buque de vela, tirado poco menos que el lastre en la bodega, comiendo bacalao húmedo y judías renegridas, ni de aquellos veinte mortales días de calma chicha, bajo el astro abrasador de la línea ecuatorial, sin que las velas del viejo bergantín diesen señales de recoger la más tenue ráfaga de viento.

Llegó Juan Alonso á Buenos Aires cuando todavía se *vareaban* las onzas; comenzó de *changador* (mozo de cuerda), en cual oficio fué muy pronto una especialidad, gracias á sus robustos lomos y á sus anchas espaldas, que cargaban sin depresión del tórax ni detrimento de los pulmones tres quintales corriditos, como si pesados fueran en romana del diablo.

Decir que Juan Alonso era tacaño, huelga, sabiendo que sólo buscando pan había salido de Asturias y dejado por todo capital á su madre un trozo de huerto que apenas producía berzas para ennegrecer cuatro meses del año el poco substancioso caldo que de alimento les servía.

Antes de dos años contaba el buen astur los primeros mil duros, cantidad la más difícil de lograr para el trabajador, y su primera empresa después de verse dueño de las cinco mil pesetas consistió en contratar el desembarco de buques con una fuerte casa importadora.

Compró una lancha primero, dos más tarde, adicionó por fin botes y lanchones y acabó por tener balanceándose sobre las aguas del Plata una flotilla que le producía quince ó veinte mil pesos anuales, libres de jornales, de carenaduras y de todo gasto.

El viento de la fortuna soplaba más fuerte á Juan Alonso que los de la línea le habían soplado para trasladarlo del uno al otro hemisferio, y á los diez años de República Argentina era el Sr. Juan Alonso un millonario, al que no faltaba sino una mujer que supiese dar aire á sus *patacones*.

Doña Cástula de la Riva era la más empingorotada pollancona de Buenos Aires, con más fachenda que dinero y más orgullos fundados en el pasado de sus bisabuelos, oidores, magistrados y prelados ilustres de la patria vieja, que en los relevantes servicios prestados por su padre, bizarro coronel de la patria nueva.

Ya era patriota Castulita, sí que lo era; pero aquella amalgama de clases y aquel desconocimiento de las grandezas pasadas no se avenían que digamos con sus ribetes de paño feudal y con los tufillos inquisitoriales de su intransigencia católica.

Hizo el demonio que Cástula llegase á los treinta sin casaca, cosa extraña por demás tratándose de mujer guapa hasta quitar el sentido; y como detrás se venían muchachas ricas que amenazaban eclipsar su mediana fortuna, con lujos y entontecimientos que no podía sostener un coronel no siempre en activo servicio, resolvió aceptar la mano que junto con sus millones el Sr. D. Juan Alonso le ofrecía.

Fué la boda un acontecimiento y la suntuosa morada del nuevo matrimonio el punto de reunión de aquella sociedad que no veía al antiguo *changador* en el esposo de la interesante Castulita.

—Gasta, hija, gasta, que más me queda, decía el Sr. Alonso á su compañera, y ésta obedecía el dulcísimo mandato, dando al marido más lustre con el lujo que desplegaba que todo el brillo que pudieran darle sus pingües negocios y su caja repleta de peluconas.

Hija única de este matrimonio era la hermosa Lelia, nacida en el fausto, criada en la opulencia y educada con arreglo á las prescripciones de la más etiquetera grandeza; era la hija del astur un acabado modelo de pedantería social y de hinchazón escolar.

Desde la edad de dos años había sido su educación encomendada á dos inteligentes señoritas, inglesa la una y francesa la otra, y ambas cumplieron su cometido con exceso enseñando á Lelia sus respectivos idiomas, que hablaba á la perfección y bastante mejor que el suyo propio.

Tocaba el piano y lo tocaba bien, dibujaba y no dibujaba mal, pintaba flores y pajaritos bajo los cuales no se hacía necesario poner el consabido letrero, y los bordados que salían de sus redondas manitas no hubieran hecho mal papel expuestos en un escaparate de confecciones en blanco.

No se diga si bailaba, porque era la misma Terpsícore en persona, y había llegado á refinar el gusto hasta tal punto en el arduo problema de valses y mazurcas, que no transigía con el que no fuese maestro. Si la madre había sido tiesa y entonada, entonada y tiesa era la hija, y aquel cuello un tantico largo que pocas veces giraba sin permiso del tronco, habíale dado el sobrenombre de *Garza Porteña*, mote que ni la molestaba ni le hacía arrugar el entrecejo pronunciadito y á veces inconveniente que debía al autor de sus días.

Más de una vez habían pensado los Sres. de Alonso en que su hija debía casarse; pero ¿cómo? ¿Con quién? ¿Era posible que se casase así, tan *sonsamente* como ellos se habían casado, gastando muchos miles de pesos, cierto, pero sin el brillo, sin la ostentación regia que doña Cástula soñaba para su hija, ya que para ella no la tuviera.

No, imposible: Lelia merecía un príncipe, un hombre de sangre real, un título cuando menos; ella tan majestuosa, tan cortesana en sus maneras... Decididamente harían un viaje á Europa.

El Sr. Alonso sabía que por el viejo mundo sobraban coronas ducales, á las que no vendrían mal los doce millones de pesos que guardaba para dotar á su hija preventivamente. Luego era tan hermosa que no



LA ORACIÓN ANTES DEL COMBATE, cuadro de G. L. Seymour

tendría más que presentarse para vencer y triunfar sobre cualquier nombre del almanaque de Gotta; cosas más extrañas se habían visto. Príncipes que se casaban con artistas, reyes con bailarinas, condes con vendedoras de flores, marqueses con gitanillas de feria... ¡Bah! Serían suegros de un duque; no podían dudarlo.

No estaban los Sres. de Alonso muy fuertes en categorías tituladas; por lo tanto, de príncipe para abajo igual les sonaba conde que barón y vizconde, que marqués ó duque: cuestión de nombre: el caso era no ser la señora de Tal á secas.

Algo se susurraba en Buenos Aires de las aristocráticas aspiraciones de los Alonso, en vista de los desdenes con que la *Garza* respondía á pretensiones honrosas de hombres llenos de merecimientos y buenas prendas, y más de uno le tenía predicho un porvenir poco lisonjero si tanto ella como sus padres persistían en sus pujos de sangre azul y corona en tarjeta.

Contábase entre los pretendientes de Lelia uno que había tenido la desgracia de enamorarse con toda la vehemencia de un corazón de treinta años en el albor de las pasiones y en el amanecer de la vida del alma.

Pepe Flores no sabía lo que era amar cuando se dió cuenta de que amaba á la *Garza*.

Su cariño había sido compartido entre su madre y los libros: era también hijo único y rico, de arrogante figura, de fisonomía franca y expresiva como la del niño más inocente y de un espíritu superior que sin dejar de rozarse con las humanas miserias no había recibido la más pequeña mancha de impureza.

La viuda de Flores era amiga de la señora de Alonso, y cuando su hijo le confesó que amaba á Lelia no pudo presumir que fuese rechazado un joven que otras mujeres codiciaban con envidia.

– ¿Sabes si Lelia te quiere, hijo mío?, preguntó á Pepe su madre.

– No podré asegurarlo, pero me trata mejor que á los demás, y si no me llamases presuntuoso te diría que huye de los otros para refugiarse en mí cuando en los bailes se ve asediada con peticiones.

– Eso es mucho, pero no es bastante; háblale, declárale tu amor.

– Le tengo miedo, madre mía.

– ¡Miedo! ¿De qué?

– De que me desprecie, de que no me corresponda, de que me quite la esperanza.

– ¿Tanto la amas?

– Con delirio, mamá.

La señora de Flores se estremeció; no confiaba en que el carácter superficial de Lelia supiese apreciar la dicha de ser amada por un hombre como su hijo, y sin hacer á éste partícipe de sus temores decidió explorar el terreno hablando con su amiga Cástula.

Cuando la viuda de Flores se convenció de las aspiraciones de los Alonso, hizo un esfuerzo sobre su orgullo de señora que sabía cuanto á sí propia se debía y cuanto debía á las cualidades de su hijo, y habló la madre alarmada por la decepción que amenazaba destruir el porvenir del ser idolatrado.

– ¡Cástula!, dijo emocionada y con las lágrimas titilando en sus pestañas: eres madre, y madre que ansía la felicidad de su hija; yo, que daría mi vida por obtener la de mi Pepe, no vacilo en suplicarte, en arrodillarme á tus plantas si es preciso. Mi hijo adora á Lelia, y será el más desgraciado de los hombres si le rechazas.

– Amiga mía, es esta una cosa muy grave y formal... No puedo imponer esposo á mi hija... Además, su padre tiene ciertos proyectos... Yo no sé, mas creo que piensa casarla con un sobrino suyo, en quien debió recaer un título de marqués, pero que por usurpaciones y trampas á causa de la decadencia de la familia Alonso pasó indebidamente á otra rama. Yo le digo que se deje de tonterías; pero él, que no puede olvidar que circula sangre noble por sus venas y recuerda las humillaciones por que ha pasado y las pérdidas de fortuna que sufrieron sus abuelos (todo este pasado eran mentiras puritas), está erre que erre en pleitear para devolver á su sobrino el título que de derecho le corresponde. Y como debes suponer, la idea de que Lelia sea marquesa es la causa principal de su terquedad. Sin embargo, le participaré tus pretensiones, se las daré á conocer también á mi hija, y por mi parte, querida, preferiría para yerno á tu hijo, que al fin es argentino y le conozco, á un *gallego* que sabe Dios los resabios que se nos traerá de por allá.

La viuda de Flores comprendió sin esfuerzo que Cástula mentía para dorarle la negativa, y su corazón de madre se oprimía hasta quedar reducido al tamaño de un huevo no muy grande: le ahogaban los sollozos, y antes que rebajar su dignidad á mendigar con llanto la mano de Lelia, por más que de la dicha de su hijo se tratase, salió de casa de Alonso dispuesta á desengañar á Pepe, sin dejar que el amor creciese con la esperanza.

La pobre madre no veía claro, suponiendo que pudiese ser pasajera la impresión que la *Garza* había hecho en el corazón de su hijo. Le habló, pues, con franqueza, sin sospechar que creyendo aliviarle de un amor que podía ser funesto, desgarraba un noble pecho con los envenenados garfios del imposible.



URNA CINERARIA, obra del arquitecto Guidini

Pepe Flores no podía admitir de grado que un desconocido, un nadie, un nieto, un primo que acaso no era sino burdo pretexto, fuese dueño de la mujer que lo tenía loco y sin la cual parecíale la existencia un suplicio peor mil veces que el de Tántalo.

Llegó el carnaval y con él las diversiones y locuras que en Buenos Aires como en ninguna parte convierten la ciudad en regocijado manicomio.

En el *Club de los Negros*, el más *blanco* que por aquel tiempo había en la capital argentina, celebrábase uno de aquellos bailes de trajes en que la mente, derrochando oleadas de fantasía para combinar la gasa, el raso, las flores y las piedras preciosas, contribuye al esplendor de la belleza en mujeres que unen la desdeñosa arrogancia de la inglesa á la picante hermosura de la española. Los europeos que de los países americanos hacen un *totum revolutum* sin orden ni concierto, juzgan á todas las americanas criollitas de Cuba, de tipo poco menos que amulatado, andar indolente, movimientos perezosos, pie chiquito de forma de empanada y modulaciones de negrito guarachero.

Nada más erróneo que semejante concepto: cada república americana tiene fisonomía propia, como su acento, sus costumbres, sus modismos y sus distintas razas, mezcla de la española y de las varias indígenas que allí encontraron los conquistadores; pero en el Plata ya no hay sellos característicos ni términos medios: las razas europeas, purísimas y sin mezcla, ó la raza africana, también sin mezcolanzas ni trocatintas.

Hay en las repúblicas argentina y uruguaya un término medio entre el blanco y el negro: el *gaucho*, que no es otro que nuestro aldeano del Noroeste, de cuero curtido por el sol y los vientos, por lo que sube de punto su moreno tostado.

Puede el *gaucho* tener en el indio su origen, aunque no lo creo, pues para más afianzarme en mis opiniones he reparado que los vascos, así franceses como españoles, no bien llegan á las pampas visten el *chiripá* (especie de zaragüelles), se dejan crecer la melena y la barba, se encasquetan el poncho y amarran al cuello el pañolito de seda *punzó* (encarnado), símbolo indispensable del *gaucho* neto; y que venga el diablo á distinguirlos de los auténticos; si no se dejasen la boina, *gauchos* puritos.

No es, pues, el *gaucho* un indio ni un mulato; es un campesino solamente, con sus vicios, sus virtudes y sus aficiones peculiares; y así como nosotros distinguimos al manchego, al castellano y al galaico por su traje, por su fisonomía, por su acento y por sus costumbres, así se diferencian allí los hombres del campo de los hombres de las ciudades, y el labrador es en todo desemejante del caballero.

El *gaucho* es poético por temperamento y rimador por naturaleza, y suele acontecer que un *payador* (improvisador que acompaña sus coplas con la vihuela) pase horas y más horas echando pullitas á éste y al otro cuando el otro y éste le pagan para que las eche.

Cuéntase de un caballero á quien una señora había movido injusto pleito, y como con injusticia ó no llevaba trazas la tal de salirse con la suya, no encontró venganza mejor el contrincante que pagar un *payador* para que á la vera de su puerta le cantase la historia del pleito con pelos y señales, su vida y milagros y el por qué la justicia había inclinado la balanza hacia las faldas en detrimento de los pantalones. La señora acabó por perder la paciencia y pedir misericordia.

Es aficionadísimo el *gaucho* á las carreras de caballos y ama á su *pingo* más que la propia vida, lo cual no impide que algún domingo regrese de un improvisado hipódromo sin caballo, sin montura y hasta sin poncho.

También se dan casos en que aparece mustio y cariacontecido, con la montura al hombro y el freno en la mano, ó derramando lagrimones por haber perdido el caballo que su ingénito vicio le llevó á jugar.

Nada más pintoresco ni gráfico para expresar el amor del *gaucho* por su cabalgadura que los siguientes versos cantados con música dulce y quejumbrosa, que partiría los corazones si no se tratase acaso de un matalón, al cual se pudieran contar uno por uno los huesos de los costillares.

«Mi caballo era mi vida,
mi bien, mi único tesoro,
al que me vuelva mi *Horo*
yo le daré mi querida,
que es más hermosa que el oro.»

Y después de nuestra pequeña excursión por la *campaña*, como allí se dice, volvamos al *Club de los Negros*, en donde nos aguardan rubias que al sol darían enojos, y blancas que obscurecer podrían la nieve con la proximidad de su cutis.

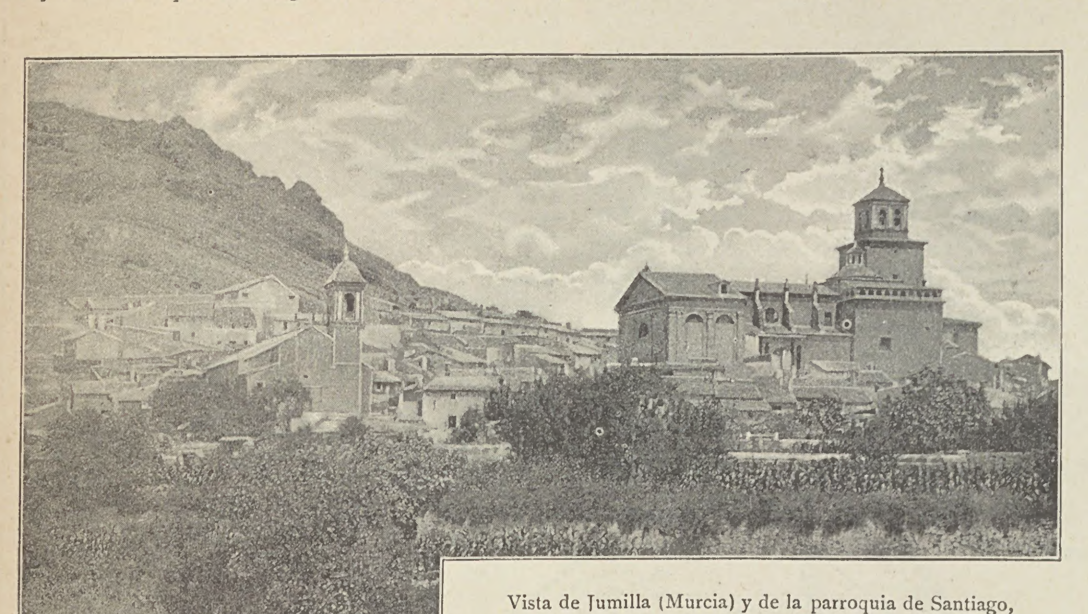
Era el *Club de los Negros*, allá por los años 1874 y 1875, la más aristocrática sociedad de Buenos Aires. Componíase de jóvenes elegantes, ricos y espléndidos, y cuando el Club abría sus dorados salones para recibir á las hermosas porteñas, derrochaban aquellos galantes Siones de la moda un caudal de buen gusto y de distinción, con algunos miles de pesos fuertes.

Los bailes de trajes especialmente hacían época por su brillantez y por el lujo de los disfraces; en España sólo podemos compararlos con los que en su palacio de Cervellón han dado en Madrid los fastuosos duques de Fernán-Núñez.

Los salones del *Club de los Negros* estaban radiantes de luz, de bellezas, de animación, de alegría y de

inusitadas grandezas. Las piedras preciosas despedían fulgores deslumbrantes y la retina, herida por el centelleo luminoso de tantas joyas, acababa por velarse y aturdirse.

Mujeres había que sin empacho llevaban sobre sí la carga de quinientos mil pesos empleados en piedras preciosas, y lo que es la de cien mil, podían contarse más de una docena que la llevasen.



Vista de Jumilla (Murcia) y de la parroquia de Santiago, donde existe el famoso retablo que en esta página reproducimos

Estaban llenos ya los salones cuando la *Garza* hizo su regia entrada; un aplauso cerrado, espontáneo, unánime, regocijado coronó la presencia de la señorita de Alonso. Vestía de Isabel la Católica, con manto real, corona, cetro y riquísimo traje de castillos y leones bordados, que era un primor como trabajo y que valía una fortuna por su coste.

Todos le dejaron franco el paso: recorrió los salones seguida de sus padres, y mientras pausadamente lucía su majestuosa figura, dispensando sonrisas acompañadas de inclinaciones de cabeza, los socios encargados de hacer los honores improvisaron un trono para que la gran reina se dignase ocuparlo.

Muchos eran los disfraces masculinos que llamaban la atención por su riqueza, pero ninguno estaba en consonancia con el de la *Garza*: nadie se atrevía á postrarse á sus plantas para suplicar un rigodón ni menos un vals, que no hubiera sido pretensión correcta tratándose de la sin par mujer que á España diera un nuevo mundo.

Los Sres. de Alonso estaban satisfechos del efecto causado por su hija; la *Garza* lo estaba asimismo; pero hacía una hora que ocupaba el trono y la concurrencia no se apiñaba ya para contemplarla: su reinado había sido fugaz, y cada cual dedicábase ya, libre de curiosidades y admiraciones, á otras cosas y otros objetos, dignos también de admiración y atenciones.

(Continuará)

LAS NAVES DE COLON

Se pensó, al iniciarse las fiestas del centenario del descubrimiento de América que estamos conmemorando, en reproducir lo más exactamente posible las tres naves que sirvieron á Cristóbal Colón para surcar por vez primera los mares de Occidente. Se quiso que con gran aparato de festejos aparecieran las tres carabelas fondeadas en el puerto de Palos y que de allí emprendieran la marcha á América, siguiendo en lo posible los tan discutidos derroteros del viaje que condujo á las Lucayas al primer Almirante del mar Océano y de las Indias.

Buscáronse antecedentes: se dió cita á los inteligentes en la materia: se puso á contribución á un distinguido restaurador del Museo naval de Madrid: hiciéronse planos y proyectos, y la obra con tan buenos auspicios empezada hubiérase visto concluída bien y pronto si nuestras estrecheces administrativas no opusieran su veto á los necesarios gastos que presuponía la resurreccion de las naves colombinas. A todos pareció exagerada la cifra que reclamaban los arsenales del Estado para poner los tres barcos con el carácter de su época y en situación de navegar con seguridad, y momentos hubo en que pareció abandonado el proyecto de su reproducción por cuenta del gobierno.

Fué preciso que un impulso exterior viniera á herirnos en la condición más desarrollada de nuestro carácter, el amor propio, para que volviéramos sobre el acuerdo de no hacer nada en el asunto, y adoptáramos un término medio conciliador del interés de los festejos con los intereses de la Hacienda. Díjose que el gobierno de los Estados Unidos mandaría reproducir las tres naves para dar mayor esplendor á las fiestas de Chicago en 1893, y naturalmente debíamos darnos por ofendidos con no ganar de mano á los *yankees* después de haber renunciado con bastante prioridad á la ejecución del gran proyecto. Por ello decidimos estudiarlo de nuevo, rehacer su presupuesto, reducir sus cifras y ejecutarlo por lo menos en la medida que permitieran las varias exigencias de un limitado presupuesto.

Y se acordó únicamente reproducir la *Santa María*, la nave capitana de la primera armada de Colón, que todos llamábamos *carabela* como á sus compañeras, hasta que muy recientemente personas técnicas han venido á enseñarnos que era una *nao* por su mayor capacidad y por las condiciones de su aparejo. Encargada la obra al arsenal de la Carraca, se procedió á ella con toda la actividad que reclamaban las circunstancias, y ello era bien necesario porque ninguno de los otros proyectos que debían verse realizados en las fiestas de Huelva á primeros del mes de agosto se hallaría entonces concluído. Púsose la quilla de la *Santa María* en dicho arsenal el día 23 de abril último, y se tomaron las disposiciones necesarias para que la obra no sufriera entorpecimiento alguno.

«Salvados los tropiezos que eran de presumir, escribe el Sr. Fernández Duro al describir la construcción de la nave, por el Sr. Cardona, que desde el comienzo de las obras representaba en el departamento de Cádiz á la Comisión ejecutiva con suma discreción, apoyado en la buena voluntad de las autoridades superiores, impulsó los trabajos con rapidez y acierto el Sr. Puente, identificándose con la idea, comprendiendo perfectamente la índole de la fábrica especial que se aparta de los estilos modernos. Con elevado criterio ha sabido armonizar las exigencias profesionales con la necesidad de dar á la construcción el carácter de las de tiempos remotos, poniendo al servicio de las prácticas añejas los adelantos novísimos de la ciencia. Tal ha sido su actividad, tales el entusiasmo y buen ánimo de los maestros y obreros á sus órdenes en los diferentes talleres del arsenal, que el 26 de junio, á los sesenta y tres días de funcionar las hachas, el casco de la nueva *Santa María* se deslizaba sobre las anguilas de la grada hundiendo la proa en las saladas ondas y flotando gallardamente, saludada por la concurrencia, con un calado medio de un metro y cuarenta y siete centímetros, que era justamente el calculado.»

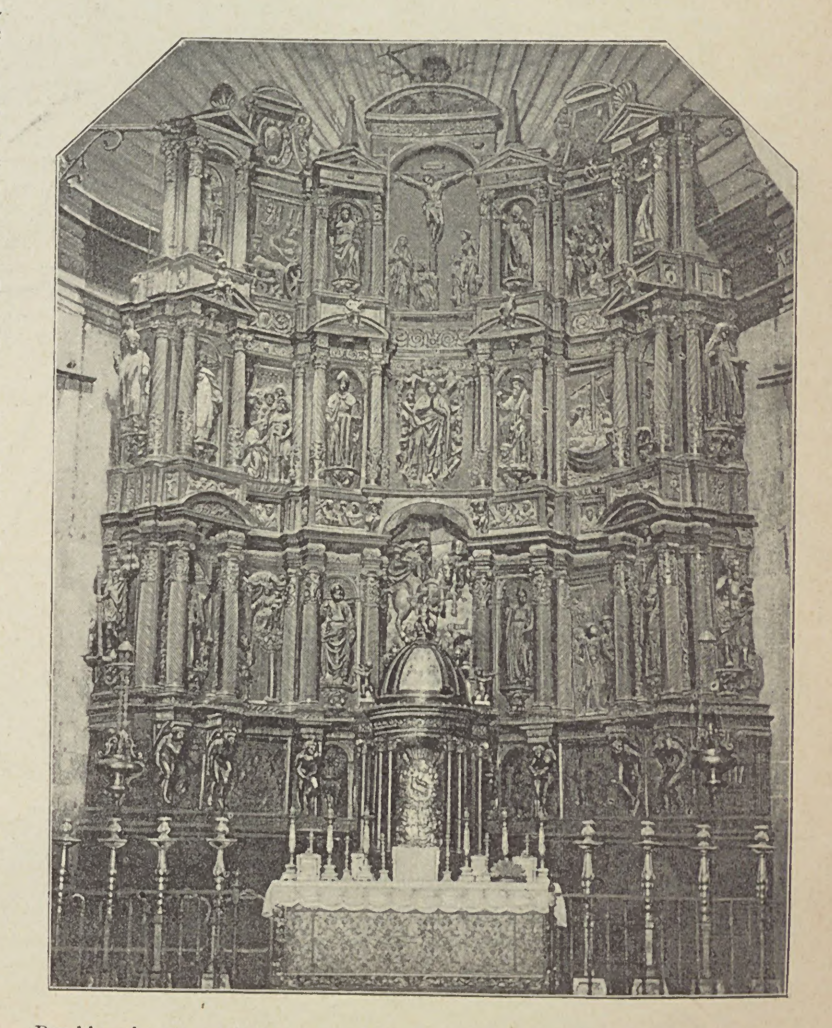
La reproducción actual de la nave colombina mide 22,60 metros de eslora, 7,80 metros de manga, 4,10 metros de puntal en la maestra, 8,20 en la toldilla y 4,90 en el castillo. Su desplazamiento es de 127 toneladas y media, ofreciendo á la vista un casco ancho, corto y muy alto en comparación con las naves que actualmente surcan los mares.

Es inútil entrar aquí en la clasificación técnica de todos los departamentos de la nave, y demostrar que en lo posible se ha seguido el canon del arte náutico de fines del siglo XV. Es natural creer que así ha sucedido, y dada la capacidad reconocida de la Comisión nombrada para dirigir la obra, nos es lícito afirmar que se ha reproducido el antiguo bajel con toda la exactitud que lo han permitido los documentos hasta nuestros días conservados.

Tiene la *Santa María* una sola cubierta de popa á proa, aunque desde el centro del barco corre la tolda ó sea otro espacio cubierto, encima del cual se levanta la toldilla con la cámara del comandante. Su aparejo consiste en los tres palos ordinarios de los buques, el trinquete, el mayor y el mesana, con velas redondas ó de cruz los dos primeros y una latina en el último. Su armamento, también de estilo de la época, consiste en dos lombardas de recámara cerrada, colocadas debajo de la tolda, seis falconetes en los castillos y una colección de armas portátiles, como corazas, capacetes, espadas, lanzas, picas, hachas de armas y de abordaje, adargas, ballestas y espingardas colocadas en panoplias en la cámara y en la batería de la nave.

Distintivo especial de la *Santa María* es el fanal de capitana que lleva á popa, y que en las antiguas armadas sólo podían usar y encender los jefes de las escuadras. Se le procuraba siempre dar cierto carácter artístico, fabricándolo con hierro repujado y hojas de talco que más tarde fueron sustituídas por vidrios de colores.

La *Santa María* asistió á las fiestas celebradas en Huelva para conmemorar el cuarto aniversario de la salida de Cristóbal Colón para América: en rigor puede decirse que constituyó el principal número del programa oficial de los festejos. A las cuatro y media de la tarde del día 31 de julio entraba en Huelva, procedente de Cádiz, remolcada por el vapor de la Compañía Transatlántica *Joaquín Piélago* y escoltada por una escuadra verdadera de buques españo-

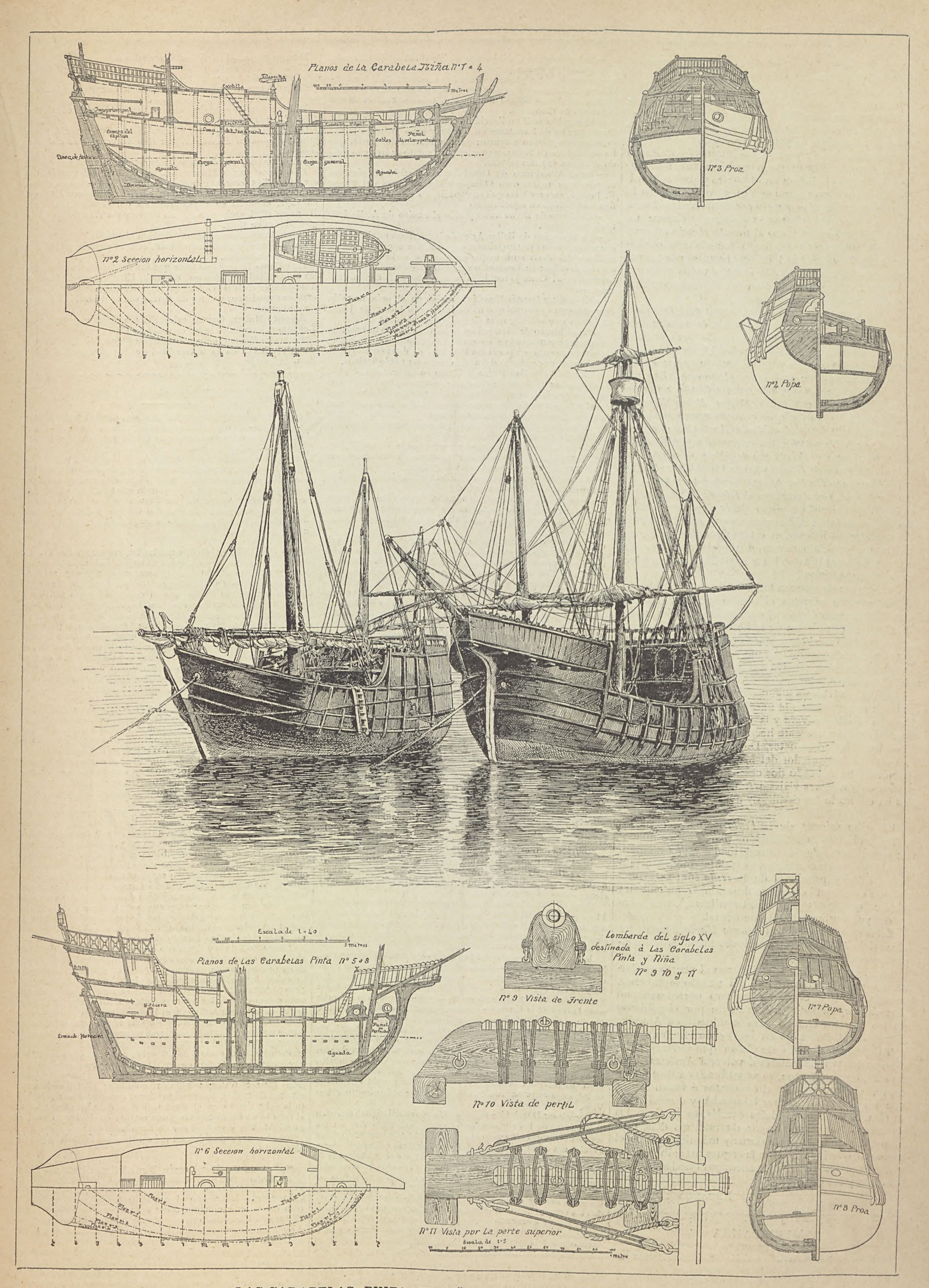


Retablo existente en el altar mayor de la parroquia de Santiago en la villa de Jumilla



LA NAO «SANTA MARÍA»

1. Lombarda. – 2. Entrada en la cámara del comandante. – 3. Popa sobre cubierta. – 4. La nao *Santa María* en la ría de Huelva. – 5. Interior de la cámara del comandante
6. Farol de popa. – 7. Proa sobre cubierta (de fotografía de D. Diego Pérez Romero, de Huelva)



LAS CARABELAS «PINTA» Y «NIÑA» Y PLANOS DE LAS MISMAS

Construídas en esta ciudad por D. Miguel Cardona, según los planos del restaurador del Museo Naval de Madrid D. Rafael Monleón

les y extranjeros, á cuyo frente iba el transporte de guerra *Legaspi* con el ministro de Marina.

Formaban esta escuadra, además del barco almirante, los cruceros *Isla de Luzón* é *Isla de Cuba*, la corbeta-escuela *Nautilus*, el crucero inglés *Scoutt*, el aviso francés *Hirondelle*, los cañoneros españoles *Temerario* y *Cocodrilo*, el yate *Mirror* y los torpederos ingleses números 47 y 48. Estos buques franquearon la barra de Huelva y entraron sucesivamente saludando á los que se hallaban en el puerto y que les devolvían las salvas: eran el crucero mexicano *Zaragoza*, la corbeta austriaca *Aurora*, el crucero holandés *Bonaire* y los cañoneros españoles *Arlanza* y *Cuervo*. La *Santa María* fondeó junto al muelle, siendo aclamada por la muchedumbre: luego fué visitada oficialmente por la oficialidad de los buques, por las comisiones que acudieron á la fiesta, y todos tuvieron palabras de elogio para la obra tan rápidamente emprendida y felizmente terminada.

El día 3 de agosto se efectuaba una manifestación naval que dejará imperecedero recuerdo en la memoria de cuantos tuvieron la fortuna de presenciarla. Fuera de la barra se habían reunido, formando un arco de círculo, treinta y un buques de guerra de los más formidables que hoy surcan los mares. Allí había, además de los que hemos nombrado anteriormente, las naves españolas *Pelayo*, *Reina Regente*, *Alfonso XII* y *Victoria*, el crucero norteamericano *Newark*, los ingleses *Amphion* y *Australia*, el acorazado francés *Duguesclin*, los cruceros argentinos *Almirante Brown* y *Veinticinco de Mayo*, el acorazado portugués *Vasco de Gama* y los italianos *Lepanto*, *Dogali*, *Bausan* y *Duilio*. Al emprender la marcha la *Santa María*, remolcada por el *Isla de Luzón*, rompió el fuego saludándola nuestro *Reina Regente* y siguiendo luego un formidable cañoneo en todas las escuadras. Entre los incesantes estampidos resonaban las músicas y las aclamaciones, distinguiéndose por las muestras de entusiasmo los acorazados italianos y los cruceros argentinos.

Pusiéronse en marcha todos los buques, siguiendo durante veinte minutos el rumbo hacia el Sudoeste que debió tomar Colón al emprender su primer viaje. Este era el objetivo de la fiesta, terminada luego por las comidas y recepciones de rúbrica, que se repetirán cuando el próximo día 12 de octubre vea reunido otra vez en Huelva á todo el elemento oficial del Centenario.

Dediquemos ahora algunas líneas á las dos carabelas que acompañaban la nave de Colón. Eran, como es bien sabido, la *Niña* y la *Pinta*, y su reproducción ha sido particularmente hecha en Barcelona. Ciñéndose un hábil constructor, D. Miguel Cardona, á los planos del restaurador del Museo Naval, D. Rafael Monleón, ha utilizado dos cascos ó barcazas ya probados en anteriores viajes á América, sobre los cuales ha edificado los castillos y aparejo de los dos buques.

Las dimensiones de la *Pinta* son: 20 metros de eslora en la línea de flotación, 18'65 en la quilla y 24 en cubierta; 8'33 de manga media y 4'65 de manga del yugo principal; 4'43 de puntal medio, 9'33 á popa y 6'33 á proa. Las de la *Niña* son: 18'33 metros de eslora en la línea de flotación, 19 en cubierta y 16 en quilla; 6'33 de manga media y 4'65 de manga del yugo principal; 3'85 de puntal.

Estas carabelas, como la *Santa María*, llevan para el servicio *bateles* ó embarcaciones menores y chalupas de pocas dimensiones.

La *Pinta* y la *Niña* abandonaron el puerto de Barcelona en la mañana del 30 del pasado septiembre, remolcadas por el vapor crucero norteamericano *Bennington*, enviado expresamente por el gobierno de los Estados Unidos para conducirlas á América después de terminados los festejos de Huelva.

Tales son las naves de Colón que á últimos del siglo XIX están destinadas á volver á América. Pero no irán, como en 1492, solas y libradas á destino incierto, sin rumbo fijo, sin aparatos é instrumentos que les permitan precisar la marcha y dirección de su ruta. A su lado, dándoles escolta, se hallarán los poderosos buques de vapor de nuestros días, esos monstruos de hierro más duros y más ligeros que el temporal, que juegan sobre las aguas más alborotadas y que ya casi no tienen más enemigos que las nieblas, las rocas y los escollos.

Eduardo Toda

MISCELANEA

Bellas Artes.—En la Exposición de pinturas alpinas que actualmente se celebra en Grenoble llaman la atención las obras de Achard, Curzon, Desbronner y Pointelin, franceses, y los paisajes del artista noruego Abelsteen Normann, así como un hermoso panorama de los Alpes Delfínicos expuesto en un edificio especial, que es obra del célebre pintor Hareur.

—Se ha encargado al escultor de Berlín Rodolfo Cauer la ejecución del proyecto premiado en el concurso para un monumento que ha de erigirse en Alzey á la memoria de los emperadores Guillermo y Federico, cuyas figuras en relieve irán colocadas en el pedestal del monumento, sobre el cual se alzará la estatua de Germania.

—El escultor italiano Zocchi ha comenzado el monumento á Dante que ha de levantarse en Trento y cuyo proyecto le fué premiado en público concurso: para la estatua del poeta, que ha de fundirse en Roma, y para el postamento se han concedido al artista 127.000 pesetas.

—En el Albertinum de Dresde se ha colocado las pinturas murales que representan Olimpia y Egina, obras del pintor F. Preller, autor de las que reproduciendo Atenas y Pérgamo figuran también en aquel musco.

—El Museo de Berna ha adquirido el cuadro de A. Bocklin titulado *Náyade*.

—La Dirección de Bellas Artes de la prefectura del Sena va á ocuparse de las restauraciones urgentes que necesitan ciertos edificios del París antiguo que por su valor artístico merecen ser conservados: se formará un estado de estos edificios y se presentará al Consejo municipal para obtener los créditos necesarios.

—El escultor francés Mercié expondrá en el próximo salón el monumento nacional que ha de erigirse en honor de Juana de Arco y que se inaugurará en septiembre de 1893.

—En el Museo de Montpellier se ha inaugurado una sala especialmente consagrada á los cartones y dibujos de Alejandro Cabanel que regaló á la ciudad la familia de éste: en el centro de la misma hay el busto del artista, obra de Pablo Dubois.

—El cabildo de San Pedro de Roma ha presentado al Papa los dibujos de un trono de oro que en unión de los cabildos de todas las catedrales de la cristiandad regalará al Sumo Pontífice el año que viene con motivo de su jubileo. Ese trono será de estilo gótico y costará 500.000 francos.

—Se asegura que en el palacio de la prefectura de Verona se han descubierto algunas pinturas de Giotto.

—El producto de las ventas de cuadros en la Exposición internacional de Munich ascendía á mediados de septiembre á 718.750 pesetas y el de entradas á 135.000.

—El maestro Javier Scharwenka ha terminado en Berlín una gran ópera titulada *Malaswintha*.

—Ignacio Brull, compositor alemán, ha escrito una ópera en tres actos, titulada *Jaque al rey*, cuyo libreto, de Víctor León, está tomado de la comedia de Schauffert del mismo nombre.

—Con motivo del centenario de la proclamación de la primera república francesa, se ha inaugurado en Valmy un monumento en honor de Kellermann, obra del escultor Teófilo Barrau. La estatua de Kellermann representa á este general con la boca entreabierta y el cuerpo echado hacia adelante, empuñando con la diestra el sable y agitando con la izquierda su monumental tricornio. El momento escogido por M. Barrau, cuya obra ha sido calificada de soberbia, es aquel en que Kellermann durante la batalla de Valmy, viéndose acosado por la infantería prusiana, se lanzó lleno de bélico ardor al frente de sus voluntarios gritándoles: «¡Adelante por la nación! ¡A vencer ó á morir!»

Teatros.—En Munich se ha estrenado con aplauso una opereta titulada *Edelweiss* (Pie de león), letra de J. F. Brakl y música de Carlos Komzak.

—En el teatro de la Corte de Stuttgart se ha estrenado con gran éxito un drama histórico del famoso poeta y novelista alemán Pablo Heyse, titulado *Las mujeres de Schorndorf*.

Londres: Se han estrenado con buen éxito:

En Drury Lane un interesante melodrama de gran espectáculo, de Enrique Pettit, titulado *The prodigal Daughter* (La hija pródiga): ha sido puesto en escena con mucho aparato, habiendo llamado extraordinariamente la atención una gran carrera de *steeplechase*, que produjo todo el efecto de la realidad.

En Haymarket un drama de costumbres modernas, de la señora Langtry, titulado *The Queen of Manoa* (La reina de Manoa).

París: Se han estrenado con buen exito:

En el Odeón una interesante comedia en cuatro actos del joven escritor M. Brieux, titulada *Monsieur de Reboval*, algunas de cuyas escenas han sido calificadas por la crítica parisiense como de primer orden.

En el Chatelet la comedia de gran espectáculo de los señores Blum y Toché, *Madame l' Almirale*, en la que la pobreza del argumento, plagado además de errores históricos y geográficos de gran bulto, se compensa con el inusitado aparato con que ha sido puesta en escena.

Madrid: Ha comenzado la campaña de otoño é invierno en los teatros de la corte, habiendo hasta ahora abierto sus puertas, además de los teatros en donde se dan funciones por horas, el de la Zarzuela, bajo la dirección del aplaudido tenor Sr. Berges, que hasta ahora no ha ofrecido al público ninguna novedad; el de la Comedia con la compañía que dirige el señor Mario, quien siguiendo su laudable costumbre inauguró la temporada con una obra del antiguo teatro clásico, la comedia de Tirso de Molina *Desde Madrid á Toledo*; y el del Príncipe Alfonso, donde se ha puesto en escena la obra *España*, de don Ceferino Palencia, que ha sido fríamente acogida, siendo sólo aplaudida con entusiasmo la bonita música del maestro Caballero. El Real abrirá pronto sus puertas; lo propio que el Español, cuya empresa ha sido adjudicada al eminente actor señor Vico.

Barcelona: Despidióse la compañía Novelli-Leigheb con gran sentimiento de los aficionados al verdadero arte: uno de sus mayores triunfos alcanzólo el sin par actor representando *Mare e cielo*, esa obra admirable del Sr. Guimerá, quien por cierto no tiene motivos para estar muy satisfecho del modo como la ha tratado el traductor italiano. En el Principal la compañía que dirigen los aplaudidos actores Sres. Calvo y Jiménez ha puesto en escena varias de las mejores obras del repertorio, entre ellas *Mar y cielo*. En Romea, adonde han vuelto casi todos los actores que últimamente se habían separado de la compañía, se ha estrenado con buen éxito el drama *L' esclau*, de D. José Got y Anguera, y se han reproducido algunas aplaudidas obras del repertorio catalán. En el Eldorado ha empezado á funcionar la compañía que dirige el Sr. Bosch, reproduciendo *El rey que rabió*, zarzuela siempre oída con gusto. En el Tívoli siguen las representaciones de *Miss Hellyet*, y en Novedades continúa la compañía de ópera dirigida por el Sr. Goula (hijo) que, entre otras, ha cantado *Los Amantes de Teruel*, del maestro Bretón.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

El barón de Corcelle, ex diputado francés, embajador cerca del Vaticano desde 1873 á 1876.

Carlos Petersen, grabador de la corte de Brunswick, famoso especialmente como grabador de medallas.

Walther Rogge, publicista alemán, autor de una excelente *Historia de la revolución de* 1848.

Guillermo Forbes Skene, célebre historiador escocés, cuya principal obra es *Escocia céltica: una historia de la antigua Albania*.

José Tamassy, uno de los mejores actores húngaros.

El cardenal inglés Howard: en su juventud fué guardia de corps; en 1855, cuando contaba veintiséis años, entró en el sacerdocio, habiendo sido obispo *in partibus* de Nueva Cesarea en 1872, cardenal en 1877, protector del Colegio inglés de Roma en 1878, arcipreste de San Pedro y prefecto de las Congregaciones en 1881.

Otón Brand, famoso pintor paisajista alemán.

Carlos Faust, compositor alemán, célebre especialmente por sus bailes y marchas.

Rodolfo de Ihering, profesor que fué de derecho romano en las universidades de Basilea, Rostock, Kiel, Gressen, Viena y últimamente en la de Gottingen, uno de los más famosos romanistas modernos y autor de varias obras traducidas á muchos idiomas.

Augusto Muller, famoso orientalista alemán y profesor de Lenguas orientales en la universidad de Halle.

Francisco Romeo Seligmann, profesor que fué de Historia de la Medicina en la universidad de Viena y gran orientalista.

NUESTROS GRABADOS

Adorar el santo por la peana, cuadro de Emilio Brack.—Bien se adivina que la intención del caballero al acariciar al perro no es otra que la de ganarse la voluntad de la joven dueña del animalito, y harto se ve también que ésta se ha hecho perfectamente cargo de la situación, y con una sonrisa expresiva y una mirada llena de promesas trata de infundir ánimo al galán para que dejándose de rodeos vaya directamente á su principal objeto. Esta escena ha sido perfectamente sentida y ejecutada por Brack, que en su cuadro se manifiesta poeta y pintor al mismo tiempo y demuestra palmariamente que con los recursos más sencillos sabe conseguir excelentes efectos.

Oración antes del combate, cuadro de G. L. Seymour.—Puesto de hinojos y arrojadas al suelo las armas que más tarde se teñirán de sangre enemiga, recita el soldado africano su plegaria á Alá, demandándole el triunfo de su ejército y el exterminio de los que él considera como infieles y contra los cuales se apercibe á combatir. Interpretando magistralmente esta situación, el célebre pintor inglés Seymour ha trazado una figura cuya belleza plástica excede á toda ponderación: hay en ella vigor, naturalidad y vida, y en punto á cualidades técnicas, la única que el grabado permite conocer, el dibujo, es de una corrección de líneas intachable y con efectos de claroscuro que revelan al verdadero maestro. El resto del cuadro, el fondo agreste y sombrío, armoniza perfectamente con la figura que tan hermosa sobre él se destaca.

Urna cineraria, obra del arquitecto Guidini y del escultor Ripamonti.—Esta urna, que está depositada en el Cementerio monumental de Milán y que contiene las cenizas del egregio banquero, literato y sociólogo milanés recientemente fallecido, Cimón Weill-Schott, ha sido dibujada por el arquitecto Guidini y modelada por el escultor Ripamonti, es de bronce, de estilo romano y está inspirada en los modelos clásicos, formando, como pueden ver nuestros lectores, un conjunto elegante con detalles artísticos del mejor gusto.

Jumilla (Murcia). Retablo del altar mayor de la parroquia de Santiago.—Es Jumilla una de las villas más ricas de la provincia de Murcia y hállase situada al pie de una colina en los confines de las provincias de Albacete y Alicante: su origen es antiquísimo, á juzgar por los vestigios descubiertos en varias excavaciones. Entre los varios monumentos que en ella merecen ser visitados descuella la parroquia de Santiago, hermoso edificio de tres naves cuya arquitectura pertenece á los órdenes jónico y corintio y en la cual se conservan ricos artesonados, pinturas de Rubens y Ribalta, tallas de Sarcillo, una tabla de Juan de Juanes y dos frescos de Bayeu. Pero la obra de mayor valor artístico allí existente es, sin duda, el magnífico retablo del altar mayor ejecutado por los hermanos Diego y Francisco de Ayala, escultores de Murcia. Mide el retablo 42 pies castellanos de alto por 30 de ancho y se compone de tres cuerpos (jónico, corintio y compuesto) colocados sobre un zócalo de piedra negra. El primero, cuyo pedestal está adornado por ocho mancebos que sostienen ocho columnas, por las estatuas de los cuatro evangelistas y dos medio-relieves con la Cena y el Prendimiento de Cristo, consta de 16 columnas estriadas y de seis nichos con estatuas de santos y además dos medio-relieves representando la historia de Santiago. El segundo tiene en su pedestal de medio-relieve algunos apóstoles, consta de 16 columnas y en sus seis nichos hay estatuas de santos: en sus dos medio-relieves continúa la historia de Santiago y en el centro se ve la imagen de la Asunción. El tercero tiene tambien 16 columnas, cuatro nichos con estatuas de santos, dos medio-relieves continuación de la historia del apóstol y en el centro el paso del Calvario. Corona el retablo un frontispicio con una estatua del Padre Eterno, el escudo de Pío V y el del rey de España.

Esta hermosa obra de arte fué construída á fines del siglo décimosexto.

Estatua de Benjamín Franklin, obra de Carlos Rohl Smith, destinada al Palacio de la Electricidad de la Exposición Universal de Chicago.—Rindiendo el merecido tributo al inventor del pararrayos, el arquitecto autor del proyecto de Palacio de la Electricidad levantado para la Exposición de Chicago ha querido que en sitio preferente del edificio se alce la estatua de Franklin. Esta, obra del escultor norte-americano Rohl Smith, que ha representado al ilustre físico con el hilo y la cometa en las manos y en actitud de estudiar las nubes tempestuosas, tiene cinco metros de alto é irá colocada sobre hermoso pedestal, en nicho cubierto de ricos adornos en cuyo friso se escribirá la siguiente inscripción: *Eripuit cœlo fulmen sceptrumque tyrannis*, que enaltece á la vez al sabio y al patriota.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

IV

Elvira estuvo algunos días sin salir de casa, tanto por su gusto, cuanto por consejo del barón; mientras se supiera que rondaba por los alrededores el hombre de las patillas negras, no convenía mostrarse.

Para evitar los comentarios de los curiosos, dijo que tenía lastimado un pie, y Sofía daba sus paseos diarios acompañada de la camarera ó bien de la maestra los jueves y domingos, días de asueto.



Y cogida de la mano de su madre, corría por el jardín

Pero todo el resto del día lo pasaba la niña con su institutriz, que le daba sus lecciones con toda regularidad.

De día iban con este objeto, cuando hacía buen tiempo, á un cenador situado en el fondo del jardín ó á un kiosco contiguo á la casa, donde también solían tomar el café después de almorzar.

En aquel kiosco, de hechura redonda, con cuatro puertas que daban al jardín, había muelles divanes y blandas alfombras, y Sofía lo prefería al cenador porque se estaba con más comodidad.

Erase un hermoso día de otoño y se hallaban en aquel kiosco leyendo un cuento muy interesante de niños y de hadas.

Elvira, mientras oía leer á la niña, miraba las lejanas montañas y las barquitas que se mecían en el lago. A no haber sido por el desasosiego que la abrumaba, hubiera podido disfrutar agradablemente de la vista de aquel paisaje, de aquel ambiente tibio y perfumado y de aquel hermoso sol de septiembre; pero pensaba en sus sinsabores y no podía apartar de su mente la imagen del hombre que había labrado la infelicidad de toda su vida.

Aquel día lo tenía tan fijo en su imaginación que le parecía verlo surgir de pronto de cualquier planta, ó saltar de una barca y presentarse á ella como un espectro. Hubo un momento en que cerró los ojos para disipar aquella ilusión; pero cuando la creía ya enteramente desvanecida y los abrió, dió un grito al ver al hombre á quien tanto temía, derecho, plantado ante ella.

Sofía interrumpió la lectura al oir aquel grito, y viendo al hombre que tanto asustó á su institutriz, se acogió temblorosa al lado de ésta, casi escondiéndose entre su falda.

Elvira recobró pronto, al menos en la apariencia, su calma habitual, y dijo á la niña:

– Por hoy basta de lectura; anda á casa con tu libro, que en seguida voy yo.

La niña tenía muchos deseos de escapar, pero vacilaba en dejar sola á su institutriz.

– Vé, no tengas miedo, añadió ésta; iré pronto.

– Avisaré á papá, pensó la niña.

Y echó á correr como liebre seguida de perros.

Elvira se levantó con resolución, y mirando frente á frente á aquel hombre, le dijo:

– ¿Qué busca usted aquí?

– A ti, á mi mujer.

– ¿Qué quiere usted?

– Que vengas conmigo y que traigas nuestra hija.

– ¡Jamás!, contestó ella con mirada extraviada y temblorosa voz.

Conocía que aquel hombre se presentaba allí con ánimo resuelto, y por vez primera tuvo miedo.

Sonrió él ligeramente y contestó:

– ¿Jamás? Lo veremos. Sabes muy bien que puedo obligarte á seguirme, porque soy tu marido.

– Estamos separados legalmente, y no tiene usted ningún derecho sobre mí.

– Ven á las buenas ó me seguirás á la fuerza.

Y dió un paso para acercarse á su mujer.

– No me toque usted ó llamaré gente, dijo ella con voz vibrante. Hablemos con calma. ¿Qué pretende usted de mí? No tengo nada, y si estoy en esta casa es por ganarme la vida.

– No me parece mal, contestó aquel hombre con ironía; veo en efecto que debes sufrir mucho aquí, y que pasas la vida con trabajos y fatigas, en un jardín, en una hermosa quinta, con alfombras y divanes; eres verdaderamente muy digna de compasión.

– Acabemos de una vez, respondió Elvira con enojo; no es posible hablar con usted, é hizo ademán de marcharse.

Su marido la detuvo cogiéndola por un brazo.

– Quiero que vengas conmigo, ¿has entendido? Quiero que compartas mi suerte; no es justo que la mujer habite un palacio mientras el marido arrastra una vida miserable; que la mujer goce de una existencia tranquila, mientras el marido tiene que vivir luchando; no, no puedes separar tu suerte de la mía.

– La ley y los delitos de usted la han separado. Basta ya; suélteme usted y no se vuelva á poner en mi presencia: todo ha concluído entre nosotros.

Elvira procuraba salir, pero su marido la tenía sujeta por el brazo como con unas tenazas.

– ¡Por favor, suélteme usted! Si en lo sucesivo tiene más juicio haré lo que usted quiera.

– Te conozco demasiado y no saldrás de aquí sino del brazo de tu marido, para ir á su casa, como lo has jurado al pie del altar.

– ¡No, jamás; suélteme usted!, gritó Elvira, y en aquel momento un relámpago de alegría brilló en su rostro.

Acababa de ver al barón de Sterne que se acercaba al kiosco, y que al entrar en él se dirigió con semblante ceñudo al desconocido.

– ¿Quién es usted?, le preguntó. ¡Salga usted al punto de aquí!

Y le designó la verja del jardín que daba al camino.

– Quiero mi mujer, dijo aquel hombre furibundo.

– No le conozco á usted; estoy en mi casa; márchese usted al instante si no quiere que le arrojen mis criados.

– Me iré, pero no quiero que mi mujer permanezca un minuto más en esta casa para servir de institutriz á su hija de usted.

– Hará lo que tenga por conveniente; pero mientras esté en mi casa, se halla bajo mi protección, y ¡ay del que se atreva á tocarle un cabello!

– ¡Ja, ja!, exclamó aquel hombre riendo sarcásticamente. ¿Con qué derecho protege usted á mi mujer? Tenga usted entendido que podría pedirle cuenta.

– Sería tiempo perdido.

– Podría obligarle á batirse conmigo.

– No me batiré con un hombre que ha sido condenado á presidio por un delito común.

Aquel hombre, tan arrogante al principio, se mordió los labios despechado; él, tan osado con un ser débil, temblaba en presencia de aquel caballero respetable.

Hubo un momento de silencio.

– Salga usted á buenas de mi casa, dijo el barón, y procure usted que no se vuelva á repetir esta escena; se lo aconsejo por su bien. ¿Aún vacila usted? Pues bien: quédese usted. He avisado á los gendarmes y le mandaré prender como un malhechor que ha allanado mi morada.

– Para venir en busca de mi mujer... Es un delito que no se castiga.

—Pues quédese usted: veremos á quién dan más crédito, si á usted ó á mí. Nosotros volvamos á casa, señora, añadió dirigiéndose á la institutriz; no perdamos más tiempo aquí.

Dijo todo esto con perfecta calma; el hombre de las patillas negras estaba anonadado.

—Corriente, dijo; por esta vez cederé, porque me doy por vencido, pero me vengaré.

Pronunció estas palabras como una maldición y en alta voz para que su mujer pudiera oirlas, y salió presuroso del jardín.

V

Cuando estuvo sola, la pobre mujer se sintió abatida y se puso á pensar qué faltas habría cometido para ser tan desgraciada.

Parecíale estar viendo continuamente á su marido en actitud amenazadora, y aún resonaban en sus oídos las tremendas palabras: «¡Me vengaré!»

Sabía que era capaz de mantenerlas, y conocía que el temor de esta venganza misteriosa amargaría toda su vida.

En cambio el barón estaba satisfecho de haberse encontrado frente á frente con aquel hombre, y en ello veía una solución favorable para Elvira; pues desde el momento en que cometió la imprudencia de introducirse en la quinta, asistíale al barón el derecho de acusarlo y hacer que se le expulsara de aquellos sitios: proponíase hacerlo así, y de este modo vivirían todos tranquilos.

Había, pues, encontrado un medio de ocupar su tiempo y su espíritu en obsequio de una desdichada, y esto hacía que estuviese contento de sí mismo.

Hijo de una familia ilustre y rica, no necesitando trabajar para vivir, había pasado su juventud casi en el ocio, mas sintiendo una imperiosa necesidad de dedicarse á algo. Al principio se consagró á la música, que acabó por parecerle un arte inútil para la sociedad y solamente á propósito para distraerse; filántropo por naturaleza, renunció á ella para convertirse en apóstol de la humanidad; había publicado en los periódicos artículos en los que se constituía en defensor del débil contra el fuerte, del bueno contra el malvado; artículos que en su patria no le produjeron más que disgustos porque se los consideró como teorías socialistas, y por esto se los combatió rudamente. Entretanto había perdido la mujer á quien amaba como á sí mismo; cansado ya de luchas y de sinsabores, pasó á aquel tranquilo rincón de Italia á disfrutar algún reposo y había ideado escribir su gran obra filosófica, que debía en su concepto causar una revolución en el mundo, y daría á entender claramente que lejos de ser socialista, sólo se proponía hacer triunfar la virtud y la justicia.

Esta obra no le impedía demostrar con hechos su solicitud en favor de sus semejantes, y ninguno acudía á él en vano en demanda de auxilio; pero si socorría sin demora á los menesterosos que á él recurrían, no iba á buscarlos, porque amaba sobre todo su tranquilidad, y pasaba gran parte del año entre el sosiego y la inercia; á pesar de lo cual siempre que se le ofrecía defender una causa justa, se enardecía, la abrazaba con toda su buena voluntad y energía, y con tal de verla triunfar habría invertido en ella parte de su fortuna.

Ocurríale ahora tener que defender la causa de la justicia en su propia casa y en pro de una persona por la cual se interesaba mucho; y á no haber sido porque se condolía de verla padecer, habría tenido en ello la misma satisfacción que tiene un médico cuando se le encarga de una enfermedad de difícil curación, de una operación peligrosa.

Creyéndola libre le propuso casarse con él, pero no porque estuviera enamorado, pues no se encontraba ya en esa edad en que el corazón domina á la cabeza; procedía de un país septentrional donde los afectos son más tranquilos, los temperamentos menos ardientes que en los meridionales, aparte de que en su corazón ocupaba un puesto todavía muy importante la memoria de su difunta esposa, de la cual tenía un busto de mármol en su despacho y un retrato fotográfico en su gabinete; pero se habría casado con Elvira porque la conceptuaba digna de ocupar un puesto mejor en su casa, para protegerla con más derecho y para tener la seguridad de que no le abandonaría nunca. Estaba ya tan acostumbrado á verla diariamente, á saber que su hija no carecía de solícitos cuidados, á consultarla en todo cuanto emprendía, que vivir sin ella le habría parecido una privación insoportable.

Por esto, cuando Elvira, después de la primera presentación de su marido, le dijo que no consentía absolutamente que tuviese por ella disgustos ni molestias y quería marcharse, se enfadó tanto que ella no tuvo ánimo para insistir y se quedó.

El barón le aseguró luego que no tenía nada que temer; que su perseguidor, con el paso imprudente dado aquel día, se había cortado las alas, como se suele decir, y no lo volvería á ver más.

Elvira era tan desgraciada que creía más lo malo que lo bueno, y conocía que el asunto no terminaría tan satisfactoriamente; agradecía en extremo todo cuanto el barón hacía por ella, pero no podía borrar de su imaginación la mirada amenazadora ni olvidar las palabras de venganza que le dirigió al marcharse el que había sido su marido; y cuando pensaba en los años que había vivido con aquel hombre, no acertaba á comprender cómo pudo casarse con él, cómo había podido vivir tanto tiempo con un ser que no le inspiraba más que repugnancia y desdén.

Naturalmente comparaba con él al barón de Sterne, y las proporciones gigantescas que éste adquiría á sus ojos le hacían más sensible la abyección de aquél.

Si hubiera estado libre y podido compartir su vida con un hombre tan generoso, tan sublime como el barón, habría creído gozar de una felicidad paradisíaca, mientras que ahora...

Elvira no había amado nunca, y conocía cuánto y cuán grande hubiera podido ser su cariño por un hombre á quien apreciaba tanto; pero ya no era una niña y no le habría sido posible virvir en casa del barón si no hubiese sabido dominar sus sentimientos. Para sacar de sí misma tantas fuerzas necesitaba que su corazón estuviese lleno de un afecto verdadero, poderoso, que la tuviese absorbida hasta el punto de no quedarle tiempo para pensar en otra cosa, y este sentimiento lo encontró en el amor á su hija.

La triste madre la había querido siempre más que á todo lo de este mundo, cifrado en ella el amor que no pudo sentir por su marido; era el único vínculo que la ligaba á la vida; pero en aquellos momentos conocía que la quería cien veces más, porque en ella sola veía su salvación futura.

También quería entrañablemente á Sofía, que era tan dócil y buena que sabía hacerse querer de cuantos la conocían; y sin embargo, si la institutriz se desvelaba por el bienestar y la instrucción de esta niña, lo hacía pensando en su Laura.

Y decía siempre: «Yo debo hacer con Sofía lo que desearía hiciesen con Laura,» y por esto se mostratan atenta y cariñosa, y procuraba educar á la niña confiada á su cuidado del mejor modo posible, obteniendo la recompensa de su solicitud, porque Sofía la pagaba con un cariño sincero.

VI

Hacía algunos días que reinaba completa tranquilidad en la quinta del barón de Sterne.

Sabíase que se había prohibido al marido de Elvira, so pena de prisión, presentarse en diez años en las orillas del lago de Como, y la joven pudo volver á dar sus acostumbrados paseos con Sofía sin temor alguno.

El barón había vuelto á emprender con mayor ahinco sus estudios filosóficos, y todo prometía un poco de calma.

Pero Elvira seguía inquieta, tenía como presentimiento de una desgracia y no podía vivir con sosiego; á veces le pasaba por la imaginación que su hija estaba enferma, y entonces escribía y telegrafiaba al colegio pidiendo noticias suyas y le contestaban que no tenía novedad.

No podía persuadirse de que su marido hubiera desistido de volverla á ver, y cuando iba á paseo le parecía verlo desembocar por alguna parte; le atemorizaba cualquier sombra y el más leve rumor la estremecía; estaba desasosegada, nerviosa, y si cuando se encontraba entre la gente procuraba reanimarse, al hallarse sola se dejaba llevar de sus ideas tristes y pavorosas.

Cierto día determinó ir á ver á su hija: cada dos ó tres meses pasaba un día con ella, y estos eran los más felices; parecía que se le ensanchaba el corazón y que hacía provisión de contento para muchas semanas.

Esperaba que estando al lado de Laura se disiparían todos sus tristes pensamientos, y confiando aquel día Sofía á la maestra, se puso en viaje para ir á abrazar á su hija.

Este viaje no era largo, porque el colegio estaba cerca de Monza.

Era un establecimiento modesto, donde se daba una educación sencilla y casera, situado en un sitio ameno, con aire purísimo y hermoso jardín; no tenía gran lujo, pero se observaban todas las reglas de la higiene, precisamente lo que se requería para una mujer como Elvira, y á mayor abundamiento estando próximo al lago de Como.

Siempre que iba á ver á su hija, la directora y las profesoras la recibían como una amiga, y para Laura, á quien se concedía todo el día de asueto para pasarlo con su mamá, era una verdadera fiesta.

La niña estaba dando su lección de gramática cuando la avisaron que había llegado su mamá; lo soltó todo y en dos minutos estuvo en sus brazos.

—Querida mamá, me has dado una grata sorpresa, le dijo; pasaremos juntas todo el día, ¿no es verdad?

Laura era una linda muchacha, avispada, siempre en movimiento, como si tuviese azogue en las venas; tenía los ojos negros y brillantes, los cabellos negros, era el fiel trasunto de su madre, con la diferencia de tener las mejillas más redondas y encarnadas.

—Vamos, mamá, dijo la niña; ya que tenemos permiso divirtámonos; vamos á correr por el jardín, á coger flores y á ver las abejas; no pican si no se las molesta. Toma esta rosa; cuando estaba en capullo, pensaba yo: «¿quién sabe si vendrá mamá antes que esta rosa se abra del todo?» Ayer casi recelaba que no llegases á tiempo.

Y cogida de la mano de su madre corría por el jardín, le enseñaba las flores, las abejas, el estanque que había en medio, y Elvira se dejaba llevar de la niña y corría también como una chiquilla.

Al llegar á un emparrado se detuvieron debajo de él.

Elvira sentó en la falda á su hija y le preguntó si se había encontrado siempre bien y si estaba contenta en el colegio.

—Estoy bien, contestó la niña; pero me gustaría más estar siempre contigo.

—También á mí me gustaría, pero ya sabes que eso no puede ser.

—Y ¿por qué?

—Porque no somos ricos, y si quiero mantenerte y educarte, he de ganarlo.

—¿Conque somos pobres?

—Sí, hija mía, sí.

—Pues no me gusta ser pobre.

—¿Qué hemos de hacer? No es un delito ser pobre.

—¡Bah! No es verdad, no somos pobres, dijo la niña; lo dices por engañarme; los pobres son los que piden limosna y nosotras no la pedimos.

—Pero he de ganar el sustento y vivir separada de ti, y esto no lo haría si fuese rica.

—Y ¿papá, ha vuelto?

—No, hija mía.

—¿Está viajando todavía, lejos, muy lejos?

—Sí.

—¿Acaso quiere descubrir también la América como Cristóbal Colón?

—La América está ya descubierta.

—Sí, ya lo sé; pero me refiero á algún otro país.

—Tal vez.

—Entonces puedo contestar á mis compañeras que me dicen, para darme envidia, que sus padres son ricos, que el mío es un genio como Cristóbal Colón.

—Esas no son conversaciones propias de niñas, hija mía, y si tus compañeras te dicen algo, debes contestarles que las niñas no deben ocuparse sino de sus estudios; nosotras también dejaremos esta conversación y hablaremos de otra cosa. ¿Conque tus amigas no te quieren, puesto que te hacen rabiar?

—Sí, pero cuando les regalo dulces, entonces me colman de caricias y me dicen muchas cosas bonitas; y á propósito, ¿me has traído dulces?

—Sí, los tengo en la bolsa; después te los daré.

—No, no; vamos á buscarlos ahora.

Y echó á correr, llevando tras sí á su madre.

Cuando tuvo en sus manos un cartucho de dulces, se puso á saltar de alegría.

—¡Qué fiesta haremos hoy con todos estos dulces! ¡Cuánto te quiero, mamá querida! Muchas gracias.

Y se suspendió de su cuello, llenándola de besos.

Luego quiso que su mamá le hablase de Sofía y le contase todo lo que hacía.

Laura y Sofía no se habían visto nunca, pero por mediación de Elvira, la una sabía cuanto hacía la otra, y sin conocerse se querían como amigas.

—¿A quién quieres más, á Sofía ó á mí?, preguntó Laura.

—A las dos.

—No me gusta esa contestación.

—Pues quiero más á la que sea más buena.

—Es que me desagrada que estés tanto tiempo todos los días con Sofía, y conmigo tan poco.

—En cambio siempre estoy pensando en ti.

—Sí, pero no me basta; quisiera verte todos los días.

– Pero ¿por qué? ¿No estás bien aquí?

– Sí, pero...

– Vamos, sé buena niña; de lo contrario, querré más á Sofía.

Estas palabras producían siempre su efecto, y Laura se volvía dócil como un corderillo.

En los pocos momentos que pasaban juntas madre é hija hacían mil locuras, corrían, saltaban, se adornaban con flores, echaban piedrecillas al estanque, salían del colegio y daban paseos por la campiña, luego se sentaban sobre la hierba, se besaban y acariciaban, formando proyectos para el porvenir; eran momentos felices que transcurrían sobradamente rápidos.

Pero cuando observaban que el sol se acercaba á su ocaso, se ponían tristes, porque llegaba la hora de la separación; sin embargo se despedían sonriendo. Elvira prometía volver pronto, y la niña después de besar una y cien veces á su madre entraba en el colegio y se consolaba repartiendo entre sus compañeras los dulces que le había llevado.

Elvira era amiga de la directora del colegio, la cual no ignoraba su situación; pero á la niña se le había hecho creer que su padre viajaba en busca de lejanas tierras y quizás no volvería nunca.

La cauta madre recomendaba siempre á la directora que no permitiese que viese á Laura nadie, por ningún pretexto que se pudiera alegar, y aquel día le rogó más que nunca que velase por su hija.

– Pierda usted cuidado, le contestó la directora; la niña no sale sino cuando salimos todas, los jueves y domingos, y sin mi permiso le aseguró que no se quedará sola ni un minuto.

VII

Después de ver á su hija, volvía Elvira á su casa más contenta y tranquila, y creía revivir aquel día pasado con Laura contando á Sofía hasta los menores detalles de lo que habían hecho.

La excelente niña se interesaba mucho por la hija de la institutriz, y le decía siempre:

– ¡Cuánto me gustaría que viviese con nosotros! Iríamos juntas á pasear, jugaríamos y la querría mucho. ¿No puedes hacerla venir?

– No, es imposible; si tuviese aquí á Laura, no podría ocuparme de ti y tu papá se disgustaría.

– ¿Quieres que se lo pida á papá?

– No, no, no puede ser; si él quisiese, yo no querría.

– ¿Y no se podría alternar pasando yo seis meses al año en el colegio para que Laura viniera á tu lado, y los otros seis meses quedándome yo aquí con papá y Laura en el colegio?

– Hija mía, eres un ángel, le decía abrazándola Elvira; pero no se puede hacer todo lo que quisieran los ángeles; además, cuando sé que Laura está bien, me doy por satisfecha, no deseo nada más; tenerla á mi lado sería demasiada felicidad, y en este mundo no podemos ser demasiado felices.

Sofía, aunque muy niña todavía, tenía ideas buenas y delicadas, inspiradas por su excelente y compasivo corazón; era tan sensible que lloraba al ver á un pajarillo herido, y aunque feliz y no faltándole nada, se preocupaba mucho de los padecimientos ajenos; era uno de esos seres tan buenos que los pesimistas creen que no pueden existir en el mundo; era un ángel, como decía su institutriz.

Quizás á causa de haber carecido desde muy niña de las caricias maternas, no tenía la ingenua alegría de Laura, ó influía en su carácter la circunstancia de estar siempre al lado de personas mayores, junto á su padre consagrado á sus estudios, ó á su institutriz siempre triste, y de no tener nunca niñas de su edad para poder jugar y divertirse con ellas. Aún no contaba diez años y parecía ya una mujercita seria, mesurada, que lloraba á menudo, sonreía pocas veces y nunca reía; era de las que viven más para los otros que para sí misma y que son vivo reflejo de los sentimientos de cuantos las rodean; de suerte que cuando Elvira hacía una visita á su hija, también ella sentía la alegría con que su institutriz volvía á la quinta.

Corrían los primeros días de otoño, época de movimiento y animación en el lago de Como; el barón había guardado sus libros y legajos para dedicarse enteramente á los huéspedes que iban á visitarle, y la institutriz y Sofía pensaban un poco más en las diversiones, aunque Elvira no tuviese gran gusto para ellas. Pero se celebraban regatas á las que no podían faltar; luego paseos en lanchas ó en el vapor, excursiones á las montañas, y era preciso enseñar á los huéspedes llegados de lejanos países las bellezas del lago.

El barón era siempre de las partidas y gozaba de aquel mes que dedicaba al descanso como si no hubiese disfrutado de nada en este mundo; paseaba de buen grado, se reía y se divertía con entusiasmo, de noche siempre tenía tertulia en su casa, y cuando había niños de la edad de Sofía improvisaba bailes y fiestas para que su hija pudiese divertirse.

Elvira se habría divertido también si no tuviese siempre aquella espina clavada en el corazón; por más que se proponía olvidar, surgía el pasado en su mente y amargaba todos sus placeres: era como el espectro de Banco que turba el banquete de Macbeth.

A veces el barón le decía al verla triste:

– Perdone usted si metemos tanto ruido, pero bien he de hacer los honores de mi casa á mis amigos.

Ella le miraba con los ojos llenos de lágrimas, pero aseguraba que todo aquel movimiento, aquella animación conseguía á veces distraerla, y especialmente después de haber visto á Laura, después de haberla dejado sana y contenta se sentía más tranquila y dispuesta á participar de la alegría común. Sin embargo, prefería siempre los pasatiempos al aire libre, y cuanto más sencillos y modestos mayor atractivo tenían para ella.

En cierta ocasión pasó un día muy alegre por haber llegado la condesa de la Somasca, su compañera de colegio y muy amiga del barón.

Era la fiesta de los canastillos una fiesta característica que en determinada época se celebra en todas las comarcas del lago de Como. Cada propietario da á la iglesia una canasta llena de dones, que consisten en producciones de la tierra, animales domésticos, frutas y dulces, y después de exponer al público estos dones, se venden en pública subasta delante del atrio de la iglesia á beneficio de los pobres y en presencia de una muchedumbre vestida con sus trajes de los días de fiesta.



La fiesta de las canastillas

Aquel día brillaba un sol esplendoroso, y desde las primeras horas del día los campesinos y veraneantes de los contornos se dirigían al pueblo de P., donde se celebraba la fiesta. Este pueblo, como todos los situados á orillas del lago, se extendía por la colina, por la que parecían encaramarse sus casas como una manada de ovejas; la iglesia se hallaba en una magnífica situación descollando sobre el pueblo y el lago. Delante de ella había una plaza, especie de explanada inmensa, que aquel día estaba inundada de sol. Junto á la iglesia se corría un largo banco en el que estaban expuestos los regalos: en un ángulo se veía un corderillo adornado con cintas y flores y al parecer asustado; en el banco, cestas llenas de racimos de uvas, miel, peras, nueces, tortas azucaradas, pajarillos muertos ensartados en ramitas de árboles, pollos y pavos coronados de trufas, gallinas vivas y conejos, todos muy engalanados con lazos y cintas de varios colores y flecos de oro y plata.

En torno á aquel banco había siempre una curiosa muchedumbre: los campesinos se quedaban atónitos al ver tanta abundancia de buenas cosas; miraban luego á otra parte y se envanecían al contemplar tantas señoras y señoritas como habían ido allí ex profeso á disfrutar de su fiesta, y se tocaban con los codos y se tiraban de la ropa para llamarse la atención hacia alguna joven que llevaba un traje claro ó un sombrero caprichoso.

Los veraneantes examinaban los regalos y prorrumpían en mil exclamaciones, y ora se apiadaban del corderito, ora de los pollos puestos entre flores, pero atados de modo que no podían moverse.

Aquel sol, aquel aire de fiesta, aquella multitud abigarrada formaban un espectáculo verdaderamente encantador; parecía un cuadro donde se hubieran buscado adrede los contrastes de los colores.

Los puñalitos de plata que á modo de aureola se ponen aquellas aldeanas en la parte posterior de la cabeza despedían brillantes destellos al herirlos el sol; las camisetas blancas y azules de los barqueros resaltaban entre las burdas chaquetas de los labriegos, y confundidas con ellos, señoras elegantes con sus sombrillas de color de rosa, amarillas, azules, chinas ó japonesas, con flores, bordados, que se destacaban entre aquellos grupos; jóvenes con trajes claros y sombreros de paja, y por doquiera un bullicio y una alegría que ponía de buen humor.

Cuando se presentó el barón, dando el brazo á la condesa de la Somasca, señora elegante, toda espíritu y viveza, y seguido del conde, de la bella institutriz y de la buena Sofía, prorrumpió la multitud en un murmullo y todos se volvieron á mirarlos.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS ADORNOS EN LOS JARDINES Y LA MOSAICO-CULTURA AMERICANA

Elogios merece el deseo de muchos aficionados y jardineros de adornar los alrededores de una vivienda con profusión de flores que constituyen un constante recreo á la vista. El decorado floral es una ciencia completamente de fantasía en la que la habilidad individual ha de suplir á las leyes que en otras materias rigen en el arte de la jardinería; pero es preciso que la imaginación modere sus ímpetus y se atenga á los efectos armoniosos sin lanzarse á lo extravagante por el afán de dar con lo inédito. De este modo se podrá componer cestas con cinco ó seis especies de plantas cuyo follaje y cuyas flores producen agradables efectos mezclándolos de manera que formen dibujos y curvas simétricos.

Los *Rosariums* son también plantas encantadoras para ornamentación: dispuestos en semicírculo en un talud ligeramente inclinado, las cañas surgirán del suelo desde las formas enanas á los altos tallos, produciendo durante la primavera y el verano el efecto de un inmenso ramo odorífero y florido.

Los árboles y los arbustos recortados no estarán en su lugar sino en los jardines llamados á la francesa, en los jardines regulares, y aun será preciso desterrar de éstos todas las formas excéntricas que tanto gustaron antiguamente en Francia y que el buen gusto, junto con un sentimiento más justo de la naturaleza, han relegado al olvido.

Entre nosotros, y en general en Europa, el gusto por las ornamentaciones extravagantes no se ha extendido mucho; las terrazas con mil entrecruzados arabescos, los arbustos recortados en forma de hombres, animales ó instrumentos apenas se encuentran más que en ciertos jardincillos de gusto más que dudoso. En cambio, en los Estados Unidos los adornos complicados y extravagantes constituyen una verdadera plaga en algunos jardines públicos y privados. Bastará decir que á veces tales ornamentaciones florales reproducen retratos de hombres célebres de un tamaño cuarenta veces mayor que el natural, pares de zapatos y de guantes colosales, gigantescas regaderas, y verdaderas colecciones de perros gatos y pájaros monstruosos, etc.

Aquellos de nuestros lectores que con motivo de la Exposición Universal Colombiana visiten el año que viene la ciudad de Chicago, no dejarán de recorrer uno de los paseos de esa ciudad, el Wáshington Park, donde abundan las muestras de esta ornamentación extraordinaria. El superintendente de este parque es un alemán que ha prodigado en él desde hace algunos años los recursos de su genio inventor, con más constancia y trabajo que buena fortuna, á juzgar por el efecto obtenido.

Entrase en la terraza, en donde están reunidas las novedades del año (porque el autor, de seis años á esta parte, cambia á cada primavera sus temas decotivos), por una puerta cuyas dos hojas están formadas por planchas entrecruzadas que constituyen una especie de caja con intersticios que se llena de tierra hasta la parte superior (fig. 2). Los pilares están construídos del mismo modo y coronados por dos bolas igualmente rellenas de tierra: en todos los bordes de este armazón ha plantado el artista una doble ó triple hilera de *Echeveria glauca*, mientras el centro está compuesto de siempreviva muy apretadas unas contra otras; dos fajas diagonales, dos estrellas y dos medias lunas, igualmente de siemprevivas, completan el cuadro. Pero esto no es nada comparado con otras ornamentaciones del mismo parque.

Destaca entre éstas en primer término un reloj de sol dibujado sobre el césped de un prado inclinado en ángulo de 45° (fig. 1): este reloj semicircular mide 10 metros de diámetro, está formado por un arriate rodeado de un doble festón de *Echeveria* y de un metro de ancho: la circunferencia contiene las horas de 1 á 12 dibujadas en *Alternanthera* y en el diámetro hay la inscripción *Sol's Clock* (reloj de sol) sobre un fondo de *Sedum dasyphylum*. En el centro del reloj se alza la columna que marca las horas, formada por un tallo de hierro de dos metros de altura que durante la primavera se cubre con una especie de cilindro de 40 centímetros de diámetro. Este aparato, durante el invierno, es encerrado en un invernadero, donde se instalan y cultivan las plantas que han de adornarlo y en verano lo colocan en una sola pieza sobre su sustentáculo.

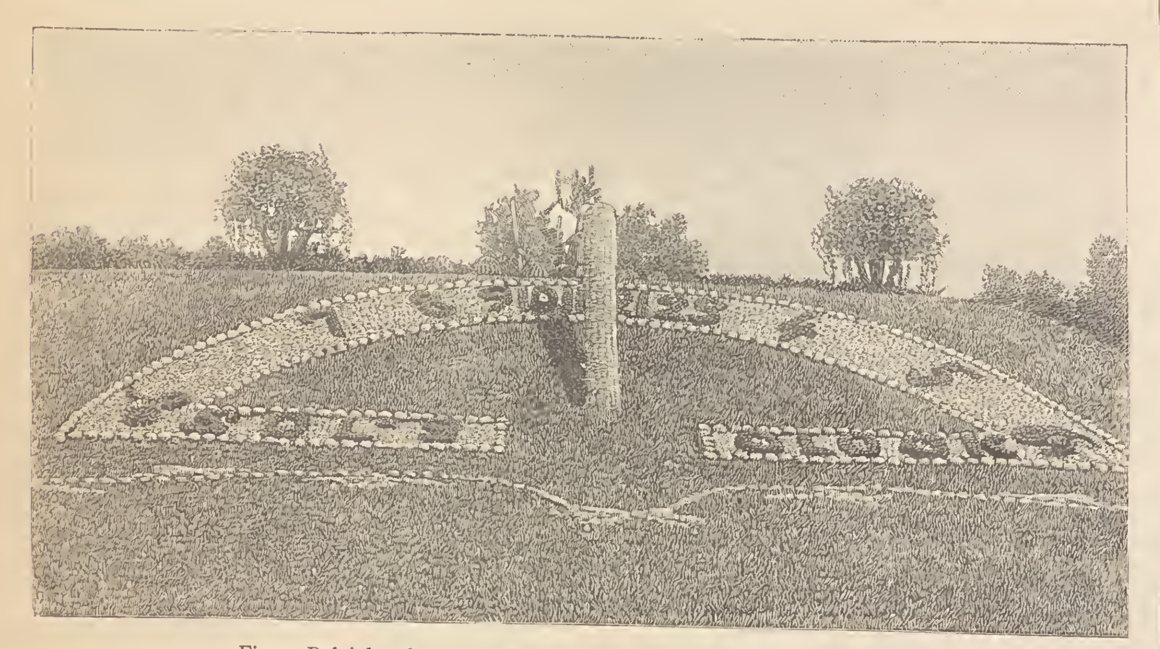


Fig. 1. Reloj de sol en el Parque Wáshington de Chicago (de una fotografía)

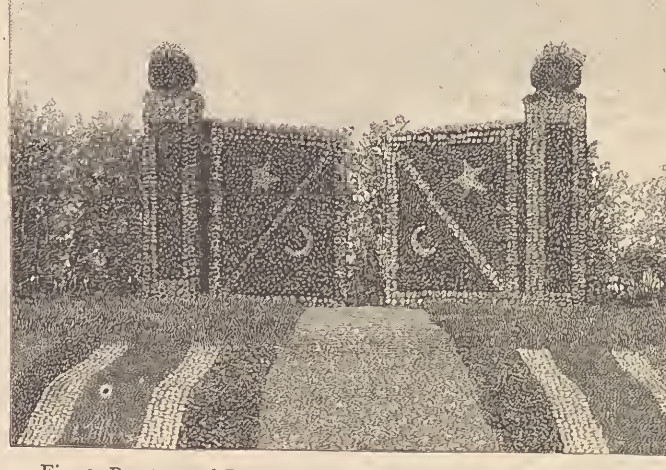


Fig. 2. Puerta en el Parque Wáshington de Chicago (de fotografía)

Continuando nuestro paseo, llegamos delante de una especie de avenida formada por pequeños pilares de *Echeveria* terminados por sendas bolas de *Sedum* y al extremo de la cual álzase majestuosamente un mapamundi, en el que los continentes, los mares, las islas, hasta los paralelos y los meridianos están figurados con plantas (fig. 3). La esfera está formada por un sólido armazón de madera dispuesto como los carpelos de una naranja y rodeado de un entrelazado en el cual se introduce tierra. Las partes que figuran tierras están dibujadas con *Echeveria glauca* y destacan en blanco sobre el color obscuro de los *Oxalis*, que representan el Océano.

Otra multitud de ornamentaciones del mismo género están diseminadas por el Wáshington Park, y es de presumir que estas extravagancias son del gusto de cierto público desde el momento en que el jardinero director varía cada año los efectos, trabajando durante todo el invierno en la composición de su cuadro y no escatimando labor ni dinero para el buen éxito de su proyecto.

En los años pasados hubo una terraza egipcia que hizo furor: dos esfinges de *Echeveria*, de 6 pies de alto, majestuosamente echados sobre un zócalo de *Sedum* y de *Othona*, parecían guardar un obelisco de 15 pies de altura construído de madera y hierro y completamente tapizado de *Echeveria*. Un cartel explicativo ponía en conocimiento del público que para confeccionar tal maravilla (?) se habían empleado 15.000 plantas.

Había además la terraza indostana representada por elefantes tendidos de 6 pies de alto por 10 de largo y compuesto cada uno de 3 000 *Echeveria*.

Finalmente veíase allí un calendario perpetuo de 28 pies de longitud por 23 de anchura: el día y la fecha eran de *Echeveria secunda glauca* sobre un fonfo de *Sedum acre*, estaban rodeados de un festón de *Oxalis tropaeoloides* y se cambiaban todas las noches, servicio confiado á una cuadrilla de trabajadores que cada vez tenían que trasladar 3 000 plantas.

Pero el colmo en esta materia nos lo proporciona, en forma satírica, un grabado publicado por el diario *The American Florist* y reproducido por la *Revue horticole*. Es una escena entre tres personajes. Mister Childers, respetable comerciante, ha tenido que abandonar, para emprender un viaje de negocios, á su querida esposa y su jardín, que cuida él mismo cada día con sin igual solicitud. Durante su ausencia, Mrs. Childers, deseosa de proporcionar una agradable sorpresa á su marido, manda á buscar un jardinero paisajista que le ha sido recomendado como artista perfecto: éste, á quien da la buena señora facultades omnímodas para hacer y deshacer á su antojo, revuelve el jardín de

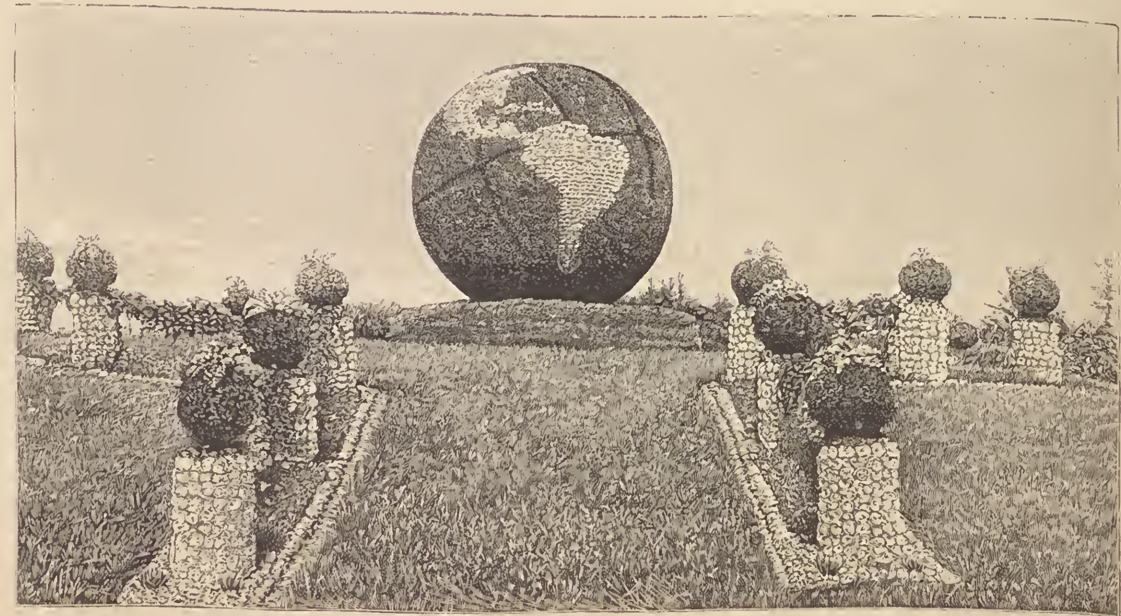
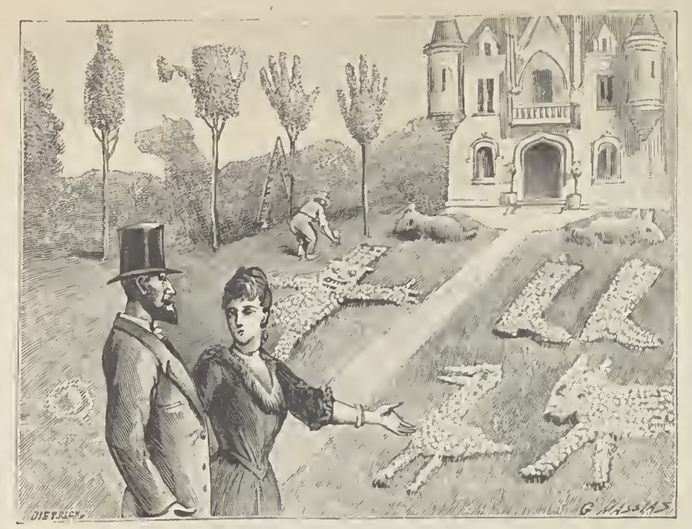


Fig. 3. Globo terráqueo en el Parque Wáshington de Chicago (de fotografía)

arriba abajo, corta, planta y trasplanta á su capricho, da á los árboles forma de guantes y de regaderas y dibuja en el césped un gendarme, un perro, un gato y un par de botas (fig. 4) y se dispone á dar la última mano á su obra cuando llega Mr. Childers, cuya sorpresa y cólera al ver de esta manera transformado su antes lindo jardín por el *artista* puede imaginarse el lector.

Dejando á un lado la parte de imaginación que puede haber en esta descripción caricaturesca, despréndese de ella que hay bastantes hombres dotados de tan poco sentimiento de la verdadera ornamentación artística, que se permiten semejantes indisculpables infracciones del buen gusto.

Y ahora preguntaremos á los que son aficionados á las plantas y á las flores: ¿no es verdad que es un sacrilegio hacerlas servir para tan miserables exhibiciones; desviándolas de su objeto natural, que no es otro que deleitarnos por su esbeltez, por la belleza de su follaje, por el colorido y el aroma? Debemos gustar de ellas, admirarlas y quererlas una á una, no amontonarlas en grandes masas para representar con ellas animales ó herramientas.


Fig. 4. Mrs. Childers enseña á su marido el trabajo del artista á quien ha encargado el arreglo de su jardín

Afortunadamente la afición á la mosaicocultura de que hablamos no es general en los Estados Unidos, en donde el verdadero arte de jardinería está representado por una escuela muy distinguida y en extremo activa, cuyo jefe indiscutible, Mr. Federico Law Olmstedt, ha sembrado el territorio de la Unión de creaciones magníficas, tales como el Central Park de Nueva York, el Prospect Park de Brooklyn y los paseos públicos de Búfalo y de Boston, y actualmente dirige los trabajos de la Exposición Universal que en 1893 se celebrará en Chicago.

De todos modos, bueno sería que, atendiendo únicamente á los sanos preceptos de esta escuela, las ciudades norteamericanas que aún les rinden culto hiciesen desaparecer de una vez los adefesios de que nos hemos ocupado.

RENATO E. ANDRE
Ingeniero de Artes y Manufacturas

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

CONMEMORACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. DOCUMENTOS OFICIALES. – Hemos recibido el sexto folleto de los publicados por la Comisión del Centenario, que contiene el reglamento especial de la delegación de la Exposición Histórico-Europea que se celebrará en Madrid y el del Jurado internacional para dicha Exposición.

* * *

INSTRUCCIONES SANITARIAS CONTRA EL CÓLERA, redactadas por los doctores *D. Ramón Félix Capdevila* y *D. Carlos María Cortezo*, consejeros de Sanidad del Reino. – Redactada esta cartilla sanitaria, por encargo del Excmo. Sr. Ministro de Gobernación, por los ilustrados doctores Sres. Capdevila y Cortezo, comprende, perfectamente sintetizados y resumidos en forma concisa y sencilla, los estudios que se estiman como más concluyentes respecto de la profilaxia del cólera. Contiene utilísimas instrucciones preventivas contra esta terrible enfermedad, indica los primeros cuidados que al enfermo deben prodigarse, lo que debe hacerse con los cadáveres y señala finalmente el formulario de desinfección.

* * *

MISIONES GUARANÍTICAS (1607-1800). PINCELADAS HISTÓRICAS, por *R. Monner y Sans*. – Interesante por todo extremo es el último libro que ha dado á la estampa el Sr. Monner y Sans, distinguido publicista español, desde hace algunos años residente en la República Argentina. Con gran copia de datos, con oportunas consideraciones, con observaciones justas y perfectamente meditadas y con estilo castizo y elegante explica el Sr. Monner la condición de los indios antes de que los jesuítas llegaran al Paraguay, su estado mientras los individuos de la Compañía de Jesús rigieron aquellas tierras siempre dependientes y tributarias de la Corona de Castilla, y la desorganización en que entraron desde que del país fueron expulsados los continuadores de la obra de San Ignacio de Loyola. El Sr. Monner, miembro del Congreso Internacional de Americanistas, ha escrito esta obra con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América: el libro merece ser leído, no sólo por el interés de la cuestión que en él se estudia, sino por las condiciones literarias que aumentan su valor histórico. – Véndese al precio de 4 pesetas en Buenos Aires en la Librería «La Argentina,» Victoria, 668-672, y en Madrid en la de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.

* * *

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por D. León Bonel y Sánchez*. – Se ha publicado la entrega cuarta de esta importantísima revista que comprende: Memoria acerca del apéndice de Derecho catalán al libro III del Código Civil, por D. Jaime Carner (conclusión); Reglamento general para la ejecución de la Ley Hipotecaria (continuación); Decisiones de la Dirección de Registros; Sentencias del Tribunal Supremo; Fueros de Aragón (continuación); Indice alfabético comprensivo de las materias contenidas en el Código Civil español comentado por D. León Bonel y Sánchez (continuación). – Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, principal, al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar por 12 entregas.



ESTATUA DE BENJAMÍN FRANKLIN, obra de Carlos Rohl Smith, destinada al palacio de la Electricidad de la Exposición Universal de Chicago

* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, por *A. y P. Gascón de Gotor*. – Se han repartido los cuadernos 31 á 36 de esta importante obra, que además del texto interesante contienen preciosas fototipias que representan: el exterior del salón de la Lonja, un retablo de la iglesia de San Pablo, un alero del palacio de los condes de Argillo, un retrato de Alfonso V de Aragón (acuarela de Pradilla), un retrato del duque de San Carlos (de Goya), un retablo de la iglesia de San Miguel de los Navarros, el patio del palacio de Zaporta (obra de Tudelilla 1551), un retablo de Alfonso I el Batallador (boceto á la acuarela de Pradilla), el sepulcro de D. Lope de Luna en La Seo, el interior del salón de la Lonja, el interior de la catedral de La Seo, un tríptico del siglo XVI de la parroquieta de La Seo y una alegoría del segundo congreso católico español celebrado en Zaragoza, pintado á blanco y negro por D. A. Gascón de Gotor, de quien son también varias bonitas viñetas intercaladas en el texto. Con estos cuadernos queda terminada la obra que con tanto entusiasmo acometieron sus autores, quienes se han captado con ella el aplauso de todas las personas amantes de las glorias y bellezas de nuestra patria. Forma dos tomos, con 500 páginas, 136 láminas fototípicas y profusión de grabados intercalados, cuyo precio es: por entregas sueltas 69 pesetas, encuadernados en rústica 75 y con tapas doradas hechas ex profeso 79. Los pedidos deben dirigirse á los autores, Contamina 26, 3.°, Zaragoza, á quienes sinceramente felicitamos por haber llevado á cima tan difícil como laudable empresa.

* * *

CANTOS DE LA VENDIMIA, por *D. Salvador Rueda*. – Formando el tomo 59 de su Biblioteca Selecta, ha publicado el activo editor valenciano D. Pascual Aguilar una colección de poesías de Salvador Rueda, el cantor de la naturaleza de su hermosa patria, el poeta andaluz por excelencia, de quien ha dicho Pereda que en «su pluma tiene matices hasta para el átomo y, lo que es mas raro aún, hasta para sus vibraciones.» Imposible enumerar los raudales de inspiración y las bellezas de forma y de pensamiento que tales poesías encierran: con decir que los *Cantos de la vendimia* son dignos del genio que ha producido, entre otras obras deleitosísimas, *La reja*, *El patio andaluz*, *Bajo la parra*, *El gusano de luz* y *El cielo alegre*, queda hecho su mejor elogio. – El libro, que va precedido de un interesante y bien escrito juicio de D. Gabriel Ruiz de Almodóvar, véndese al precio de dos reales en las principales librerías.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

TOMÁS SANZ. LIBRERO SIERPES 90 y 92. SEVILLA

AÑO XI — BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1892 — NÚM. 563

Sociedad de seguros sobre la vida **LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS** Sucursal de España, calle de Alcalá, 18, Madrid
Delegación de Cataluña y Baleares: Rambla de Estudios, 6, Barcelona

Extracto del 32.° Balance anual en 31 de Diciembre de 1891

ACTIVO	Ptas.	705.848.821'50
PASIVO (computado á 4 por 100 el interés de la reserva y á 3'50 por 100 una reserva especial)	»	569.585.449'75
CAPITAL SOBRANTE (idem, id.)	»	136.263.371'75
INGRESOS por primas, intereses, rentas, etc., en 1891	Ptas.	202.402.246'50
NUEVOS SEGUROS aceptados en 1891	»	1.208.135.750'41
PÓLIZAS EN VIGOR el 1.° de Enero de 1892	»	4.171.366.041'65



NOTABLE REGALO
A LOS CONSUMIDORES DE LA
Perfumería PATRIA
de una oleografía de 58 × 85 centímetros, del interesante cuadro
TRAFALGAR
pintado por D. JOSÉ CUSACHS

JABÓN FINO PATRIA.—JABÓN EXTRAFINO PATRIA
POLVOS ARROZ PATRIA.—EXTRACTO TRIPLE PATRIA

La conservación de la hermosura requiere cuidados exquisitos é inútil sería encarecer cuanto contribuyen á ella los componentes más indispensables del tocador que hoy anuncia la **PERFUMERIA PATRIA.**

Fábrica de Perfumería **JOSÉ FONT** Sepúlveda 197, Barcelona
De venta en Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.



Teléfono, 1509



Despacho: Claris, 38-40—BARCELONA

A. BLANCHARD
Fábrica de BETÚN y TINTAS para escribir

Betún mate para el calzado. Betún de color para el calzado de verano. Betún lustre.



Tinta Especialidad en las clases de copiar y colores para tampon. Pasta para el dorado.

Marca

Para los pedidos dirigirse, Tapias, 11, bis, Barcelona

FERNET-BRANCA
Especialidad de FRATELLI BRANCA, Milán
Los únicos que poseen el verdadero y leigtimo proceso

El uso del **FERNET-BRANCA** es para prevenir las indigestiones, y se recomienda á los que padecen de tercianas ó de verminosis; este sorprendente efecto debería ser suficiente para generalizar el uso de esta bebida, y toda familia debería proveerse de ella. Se toma mezclada con agua, seltz, vino ó café.

El **FERNET-BRANCA** es tenido como el mejor de los amargos conocidos, y sus benéficos efectos están garantidos por certificados de celebridades médicas.

Representantes: Polli y Guglielmi, Barbará, 16.-Barcelona





GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS
GARANTIZADOS PUROS DE VINO
JIMENEZ & LAMOTHE
MÁLAGA Y MANZANARES

Producción anual 500,000 cajas de doce botellas



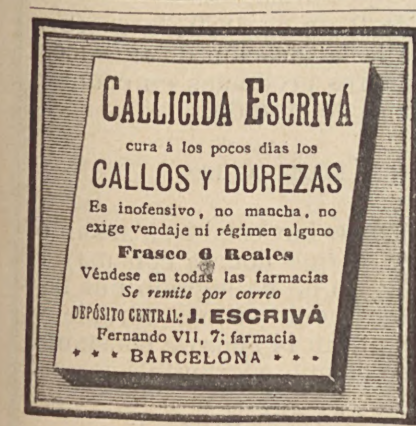
Exportación á todos los paises del globo

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

Los exquisitos **COGNACS**; conocidos ya universalmente bajo la denominación de **OLD BRANDY**, de esta industria nacional, sin rival hasta hoy en España, compiten muy ventajosamente con las mejores y más acreditadas marcas francesas, tanto en calidad como en precios.

Se invita á los señores consumidores á comparar el delicado **«OLD BRANDY»** de estas destilerías, con los productos similares procedentes de Francia, y adquirirán así el convencimiento de que dicho **COGNAC** español supera en **FINURA Y ARCMA** á todos los conocidos hasta el día.

Desconfiar de las imitaciones y falsificaciones





WERTHEIM **«ELECTRA»** ❖ Nueva invención privilegiada ❖ **Máquina para coser absolutamente sin ruido** ❖ Por mayor y menor ❖ Contado y á plazos de **10 REALES** semanales
18 bis-Aviñó-18 bis — BARCELONA = 18 bis-Aviñó-18 bis



BARCELONA

DEPOSITO EN SEVILLA: Orfila, 6

FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

NUEVO SISTEMA PARA PATINAR



Gracias á mi invención puedo patinar sin miedo de romperme la crisma



Que resbalo hacia adelante...



O hacia atrás...



Pues los patines de la cabeza y de las manos me salvan de una caída y me quedo tan satisfecho

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN